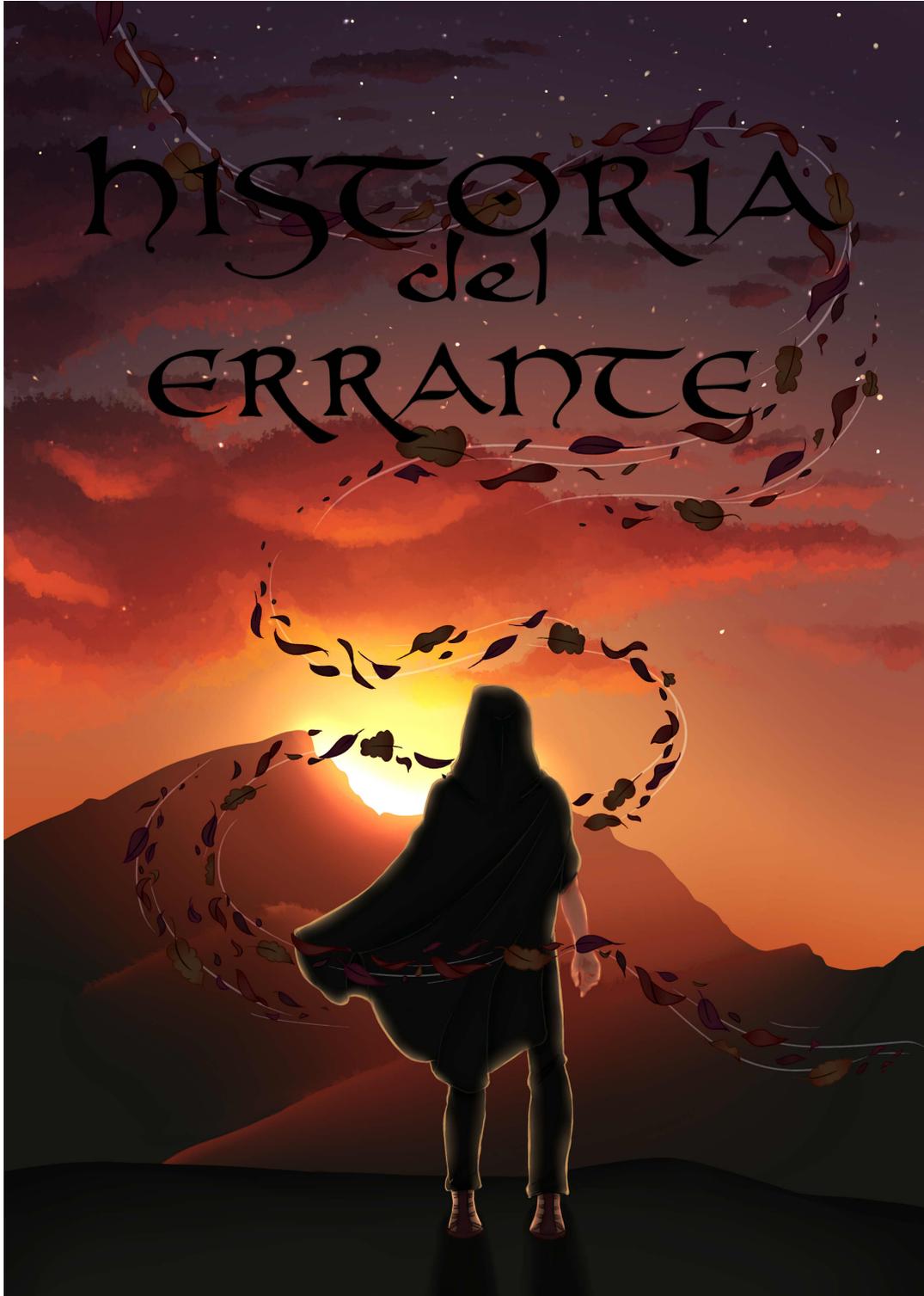


La Historia del Errante I El Renegado

Ignacio Madrigal



Capítulo 1

Prólogo: Recuerdos enterrados

Estaba amaneciendo cuando empecé a divisar el pueblo del que me había hablado Aler; era un pueblo remoto, perdido en el camino de un río entre las montañas. Me imaginaba a mí mismo con una estampa un poco...extraña, misteriosa y puede que un poco amenazante, como un misterioso caminante llegaba a una remota villa con las primeras luces del día; que dramático todo. La noche pasada no había sido capaz de dormir, perseguido y avasallado por mis enemigos, pero todo ello tenía motivos, tenían razones sólidas a las que por mucho que intentara debilitar con acero y dientes no podía derribar de ninguna manera; un castigo, una pena que se me había impuesto, jamás podría descansar plácidamente como el resto de las personas; condenado a estar en vela y en tensión el resto de mi vida. Estaba cansado, mi cabeza no dejaba de darme vueltas intentando encontrar el origen de la situación en la que me encontraba, tratando de hilar los racimos que me había llevado hasta allí, tratando de recomponer una historia de mi vida; y Aler ya estaría allí, tirándose de los pelos por lo que tardaba.

No había ni tan siquiera un muro que rodease la villa para protegerla de lo que pudiera pasar, en cambio lo que había era una valla que rodeaba irregularmente todo el terreno. Era un terreno rural considerablemente tradicional con muchas granjas y graneros; todos los terrenos circundantes estaban cultivados y arados y apenas había cercas con animales, lo que revelaba que allí todos vivían de lo que daba la tierra. Había una taberna que creí que era de mala muerte; fue grata mi sorpresa al entrar en ella y ver que se asemejaba mucho a las que teníamos en Gea, mesas redondas acumuladas cerca de las paredes dejando espacio en el medio por si alguien quisiera deleitar al resto con algún baile y/o canción; un barra alargada y sin casi techo y una cocina que se situaba en una habitación de todo ello. Intenté quedarme con los rostros de todos los que estaban allí para intentar ver si había algún correveidile, pero no podía albergar ninguna esperanza, era un pueblo pequeño en el que todos se conocen. En una mesa del rincón podía ver a Aler y me acerqué a él. Él al verme venir se puso en pie y me miró con gesto serio.

- ¿Ya es el momento, después de tanta espera, ya es el momento? -
Preguntó Aler con unos ojos y una sonrisa que demostraban unas ansias casi salvajes por obtener una historia que en más de una noche le había quitado el sueño.

- Bueno Aler, teniendo en cuenta todo lo que he vivido, creo que no es tanto como relatarte algo, sino es sacar de debajo de un montón de sufrimiento unos recuerdos dolorosos de entre otros pensamientos que ocupaban mis prioridades, pero todavía está aquí — dije señalándome la cabeza —, y aquí también — esta vez señalé a mi pequeño macuto —, al fin y al cabo alguien que sufre tanto es incapaz de olvidar nada — Contesté.

- Como digas, ¿pero cómo deseas relatarlo? De la forma en la que me contaste todo tu plan, debería estar aquí el segundo narrador para llenar los vacíos que queden en tu historia — Su mirada paseó desde la entrada de la posada hasta la ventana solo para volver a posarse en mí.

- No lo necesitamos, lo tenemos aquí — repitió el mismo gesto y al no ver nada me miró, interrogante —, en mi bolsa. Aquí está todo lo que necesitamos para que la narración quede completa —. Saqué tranquilamente un cuaderno gastado y encuadernado con cuero áspero y negro.

- Por el aspecto que tiene yo diría que es un diario, un cuaderno... No serán sus memorias, ¿no? — Preguntó, su tono ya no era ansioso y curioso, sino que había tomado algunos tintes de preocupación —. Tienes que saber que no puedo redactar sobre alguien ya fallecido sin su consentimiento —. Terminó de hablar con un tono que había pasado de preocupación a indignación.

- No haremos nada que no se deba hacer, al fin y al cabo él ya está muerto y consumido —. Aler me miró con una mirada de súplica y desesperación, pero no consentiría que mi escriba se me escapara tan fácilmente—. Bien pues, comencemos con un recuerdo que cualquiera olvidaría:

“Todo empezó con una pesadilla, aunque no te lo creas; fue la pesadilla más real que nunca he tenido, y aún temo soñar algo con semejante exactitud, y aunque supongo que lo llamaríais predicción y lo celebraríais o lo lamentaríais a partes iguales yo no; yo nunca las he conocido así, eran demasiado lúgubres y terroríficas para llamarlas predicciones; el primer sueño que cayó en mi conciencia fue el que desencadenó la serie de desgracias que acabaron con lo que yo era y con todos que me rodeaban, y seguirán cayendo porque desde que soñé con aquello nunca he dejado de tenerlas.”

- Eso es un poco tétrico, ¿no?

- La vida es un poco tétrica, deberías acostumbrarte, las cosas reales no son como en la corte. Y dejarás de interrumpirme y no pararás de escribir a no ser que yo te lo diga o me veré obligado a buscar un escriba menos

escéptico y que haga menos interrupciones.

- De acuerdo, empieza a relatar.

- Apunta esto: mi historia no es triste ni trágica, tampoco es graciosa o cordial, es una historia tan real como la vida misma; es mi historia, esa que se escribe a sí misma y que me sacude, azota y consuela. Supongo que todo empezó con un sueño, era un sueño tan real que parecía que sucediera en realidad, y así fue, desencadenó semejantes repercusiones que siempre he odiado el día en que tuve ese sueño. Yo ahora lo llamo pesadilla, porque eso fue lo que creó tras su cumplimiento —. Con la mente en mi pasado y mi cuerpo en mi presente me sentía como un extraño al pronunciar aquellas palabras —. De todas formas, creo que es hora de que empiece a relatar la verdadera historia y no los mitos del reino o de los elfos; todo empezó así...

Capítulo 2

Capítulo I: La calma antes de la tormenta.

Jack

Desperté por la mañana, era un día normal. La noche anterior habían sido las ceremonias a los dioses, era lunes. Me colgué el arco al hombro, preparado para otro día de caza, el carcaj en el muslo y el cuchillo en el gemelo. Salí de mi habitación tras prepararme para un día más, desayuné una rebanada de pan de cebada con queso y salí al mundo. Y él me sonrió tan genuinamente como un niño que intenta evitar la trastada que ha hecho.

Todo estaba tranquilo, la gente trabajaba y la paz y la calma se respiraban en el ambiente. Mientras salía de casa, silbé para que mi amigo viniera, nunca estaba muy lejos y siempre, siempre me oía. Pasaron unos segundos y se escuchó un cierto estruendo venir de los bosques del fondo, pasaron unos instantes más y una masa blanca con alas se acercaba a mí.

- Hola, amigo — acercó su morro y empecé a acariciarle, cambió de posición y me tumbó en su costado —, sí, ya sé que me has echado de menos, y yo a ti también, pero solo ha pasado una noche, te tengo mal acostumbrado. Puede que sea hora de que te comportes como un adulto y abandones el nido, ha sido un placer compañero mío —, pronunciaba la última frase como una amante despechada que se lamenta por todos los males que la asaltan; mientras tanto mi amigo cada vez me miraba más ultrajado y me salió una carcajada genuina y mi dragón se indignó y se alejó dejándome en el suelo —. Que orgulloso eres, ¿te apetece cazar o vamos a visitar a Madre?

Tempestad adoraba a Madre, la veía como si fuera una diosa, y en cierto sentido lo era; se agachó sobre sus patas para que me pudiera subir, tomé impulso en las alforjas y me subí a la silla de montar; no era la mejor, estaba hecha de cuero tintado y de cuerdas más apretadas que un nudo marinero, pero era mía y la había hecho yo; tomó impulso con sus patas traseras y empezamos a volar, era una sensación increíble de libertad el viento azotaba mis ropas y mi rostro amenazándome con tirarme de la silla, era un día especialmente ventoso y mientras veíamos pasar por debajo la villa principal, los caminos, una parte del poblado Ruhor, Dos Colmillos... Al final y al cabo de medio octavo de sol llegamos hasta el templo.

- Hola Madre, ¿qué tal llevas tu jornada? ¿Has visto a Alec o a Liz

rondando por algún lado?

- Hola querido, teniendo en cuenta que hace poco que he empezado, bastante bien, los adeptos van viniendo a cada cual con una cara de sueño más disimulada; y sobre los dos hermanos, bueno, no he visto a ninguno aún, lamento no poder ayudarte.

- No pasa nada Madre, bueno, he de ir a la Logia, no me apetece que Ali'Amber me castigue por llegar tarde otra vez.

Nos despedimos con unos gélidos gestos con la mano aunque intentara que denotara que la añoraría aquel día, después volví a montar y esta vez me dirigí a la Logia, que estaba pasando el Lago de Hielo; estaba situada en la parte más fría y más al norte, era el encuentro de cazadores, y de iniciados, como yo; aclaremos algo, yo en realidad era el veterano de los iniciados y el novato de los cazadores, era el término medio. Cuanto más nos acercábamos se distinguían más dragones blancos, todos de cazadores. Los más experimentados y que buscaban riesgo iban al norte, a cazar criaturas extrañas y peligrosas sólo para mejorar su reputación, otros cazaban a los depredadores de la zona y los novatos cazábamos a los animales normales de toda Gea. Llegué a la plataforma de aterrizaje, allí me esperaba el jefe de la Logia, y mi padre adoptivo junto con Madre, Ali'Amber. Realmente no era mi padre adoptivo pero se comportaba como si lo fuera, y Madre era mi madre de verdad. Ahora que ha quedado aclarado esto cabe decir que casi nunca me libraba de algún castigo por llegar tarde o por cazar de menos, mi jefe siempre buscaba que yo lo hiciera todo a la perfección y yo deseaba hacerlo pero nunca llegaba a encontrar el punto.

Otra vez llegando tarde. Ay, Jack, ¿cuándo vas a empezar a cambiar? Ya llevas dos sanciones esta semana, y no quiero imponerte otra, te dimos el huevo de tu dragón como caso excepcional porque vives en la otra punta de Gea y porque rechazaste el refugio de la Logia; pero no me dejas opción todos los cazadores debemos estar perfectamente sincronizados y nadie, ni siquiera tú, puedes fallar en eso — suspiró y volvió a mirarme a de arriba abajo antes de darme su sentencia —, dame tu cuchillo y caza tres pingüinos, trae su piel sin curtir y limpia.

- Si, jefe —. Saqué el cuchillo de su funda en un movimiento instintivo, pero me detuve que para entregarlo y no clavárselo como si estuviera despellejando a un animal —. Aquí tiene, ¿cuánto tiempo tengo esta vez?

- Dos octavos. Date prisa, el tiempo empieza ya, y te recomiendo que empieces por bajar las escaleras porque Tempestad se queda aquí de momento. — Lo miró y empezó a acariciarlo en las escamas suaves del morro.

Aquello fue un golpe bajo, pero tenía poco tiempo y tenía que aprovecharlo, la escalera estaba congelada, aquello me ayudaría a subir las presas y las pieles pero tenía que bajar con mucho cuidado para no resbalar.

Al final sólo necesité un octavo, esos animales no es que corrieran mucho, y tuve que apañármelas para poder conseguir las pieles con el pedernal de mis flechas, las lavé en una manantial cercano y los llevé a la Logia, llevaba razón cuando dije lo de la escalera, me caí tres veces en la subida y otra cuando iba bajando y las presas subían muy fácilmente. Entregué el "encargo" y recogí mi cuchillo y a mi dragón, cacé algunas piezas más para completar mi cupo diario y después volví a la villa.

Era medio día y llegué a la plaza del pueblo central. Ya era costumbre reunirme con mis dos amigos allí, me senté en un banco mientras esperaba, y Tempestad por su parte se fue a los bosques a cazar, a dormir o a algo. Mientras pensaba en cómo podría cagarla el próximo día me entró el hambre y fui a comprar algunas almendras para pasar la tarde, cuando volví al banco los vi, sentados y hablando entre sí.

- Hey chicos, ¿qué tal vuestra mañana?

- Pues no tan buena como crees, se han estropeado los cultivos de maíz y centeno con la helada de ayer. —me contaba Alec con una voz amarga y cansada—. Pero aún podemos seguir por poco que quede tenemos que hacer lo que podamos, ¿no? Y a ti me imagino que te habrán sancionado por llegar tarde otra vez, ¿verdad? Por cosas como esa es mejor seguir en el negocio de la familia en vez de ir a otro lado, aunque no te imagino como orador la verdad, sería bastante poco convincente—. Le miré con cara de pocos amigos pero desistí rápido Alec siempre decía las cosas como eran y por eso era de los pocos que le soportaban—. Mira Jack, no hace falta que te enfades, somos jóvenes, tenemos toda vida por delante porque tú tienes... ¿diecisiete inviernos? Y yo en cambio aún soy un lechuguino comparado contigo viejales, me llevas uno y a mi hermana la pasas por dos de aquí tú eres el que tiene menos opciones mientras que el resto tenemos muchas oportunidades y quién sabe, a lo mejor algún día estoy cazando contigo en la Logia.

- Yo no creo que cambie mucho, lo más probable es que termine trabajando en La Luna Oscura. Y si lo miramos por el lado bueno, por fin tendremos un maldito sitio asegurado. — Intervino Liz.

Antes de seguir con la historia creo que es conveniente describir un poco al yo de esa época y a mis amigos, claro.

Elizabeth o Liz, como a mí me gustaba llamarla, era inteligente, avispada y muy activa, era fuerte e independiente; era pelirroja, tenía los ojos grises y un cuerpo esbelto y fuerte; tanto ella como su hermano

trabajaban en la granja de su familia, por eso ese detalle solía pasar desapercibido la mayoría de las veces.

Alec, bueno, no sé cómo describirle; era extraño, estar con él era como hablar con un pedazo de tu alma, las conversaciones con él eran extrañas y terminabas hablando de cualquier tema, sus ojos eran la mayor parte del tiempo marrones, aunque también se tornaban verdes, su pelo era castaño; era musculoso e inteligente, era práctico y un amigo muy leal, aunque en verdad los dos lo fuesen.

Y llega mi turno, realmente era alguien del montón, mi apariencia estaba dentro de lo que se considera normal, aunque era fuerte, bastante, no tenía los músculos muy desarrollados y el resto de mi cuerpo era como un palillo; era moreno de cabello, mis ojos eran acaramelados como el topacio y eso es todo de mi físico, según creo. Mi personalidad era otra cosa, según las personas que me conocieron, era muy adaptable, podía pasar de la furia a la calma, del nerviosismo a la frialdad, del afecto al odio; obviamente tenía rasgos completamente propios, como es el gusto a la soledad, el placer de estar rodeado de pocos pero buenos amigos, ser independiente y poderoso por mis medios y el amor por la calma... ay, la clama; ojalá se hubiera quedado esa calma por siempre. Sí, ese era yo, Alec mi respuesta ante la gente y yo el reflejo del alma, éramos las dos cara de la misma moneda, aunque no fuéramos hermanos.

Tras un tiempo sentados y hablando fuimos a la, previamente mencionada, taberna más popular de Gea: La Luna Oscura, aunque el nombre suscite recelos, no es así, era pulcra, cuidada y muy buena en el aspecto gastronómico. Siempre estaba llena y aunque contaba con habitaciones en su piso superior, no se utilizaban casi nunca y por tanto el uso que se les daba era como almacén. Siempre íbamos a comer y a cenar allí, y nos dejábamos una pequeña parte de las ganancias del día allí, pero siempre merecía la pena.

La tarde la pasamos hablando en la taberna, haciendo locuras conforme íbamos tomando más, creo que llegó a tal punto que Alec se decidió a deleitarnos con una gran actuación en la que cantaba la balada de La Caída y lo combinaba con algunos pasos de baile; y cuando cayó la noche, estábamos llenos por todo lo que habíamos comido por la tarde, así que salimos a hacer las locuras de siempre. Aquella noche pintamos el muro de la casa del gobernador con bayas silvestres, no era mucho, casi ni se notaba, pero era el impulso de adrenalina ante la posibilidad de que nos pillaran lo que nos incitaba a hacerlo. Al final nos separamos y fui a mi casa, estaba exhausto y dejé el arco y el carcaj al pie de la cama, toqué la almohada y me dormí aunque no me acordé de quitarme el cuchillo. A la mañana siguiente, la paz del día anterior había terminado.

Capítulo 3

Capítulo II: Pesadillas

Jack

Aquel día desperté con sudores fríos y con una mala sensación en el cuerpo, tenía náuseas y mareos, me incorporé lentamente en mi lecho para evitar tener más mareos de los que tenía, y dirigí una mirada perdida por toda mi habitación, me detuve unos segundos al notar una ausencia, no estaban ni mi arco ni el carcaj, aunque habría jurado que lo deje allí anoche. De todos modos me levanté y me recorrió un suave escalofrío al notar el frío suelo contra las plantas de mis pies ese frescor fue ascendiendo desde los pies hasta media espinilla, pero fue remitiendo después que me pusiera las botas y me preparara para la jornada de aquel día, fui a la zona que Madre y yo usábamos para cocinar y comer, no esperaba encontrarla allí, siempre está en su templo, en el centro del pueblo donde enseña la antigua magia elemental.

Supongo que antes de continuar relatando debería contar algo de mi ascendencia y pasado, bien, allá vamos.

Padre era un soldado, el más feroz y respetado que jamás encontraréis, decían que podía invocar al fuego y a sus armas con solo el pensamiento, que su arco era de cuerno de leviatán y que sus flechas eran tan negras como el destino que le deparaban a sus enemigos. Los susurrantes decían que nadie podría luchar en contra suya. Todos caían antes su hierro o ante su obsidiana. No obstante, murió presa de una explosión provocada por una criatura del Continente Perdido.

Madre es uno de los magos elementales, controlaba la tierra, un elemento que según ella he heredado, no obstante todavía no he podido hacer nada de magia, ella decía que es porque hace falta entrenamiento, aunque sospecho que es para reconfortarme. Volviendo a su pasado, tenía otros tres compañeros; Aeron, agua; Kirshan, fuego; y Lan, aire. Siempre me relataba todas sus experiencias en un lugar increíble llamado La Torre, en sus tiempos, actualmente es conocido como La Torre Caída, porque tras el incidente provocado por un Quetzatcoált sus cimientos habían sido corroídos y había terminado provocando su caída.

Volviendo a la historia, tras tomar pan y gachas al desayunar me encaminé a la plaza, aquel día decidí salir andando en mi camino hacia la Logia, era más temprano que de costumbre y a mi ritmo llegaría pronto; no me preocupaba por Tempestad, él seguiría mi rastro hasta la Logia sin

complicación ninguna.

— ¡Jack!

— Dime, Alec —. Me acerqué para no tener que gritarle, no me gustaba nada que la gente de alrededor se enterara de la conversación que pudiera mantener, era un asunto de orgullo y privacidad.

— ¿Hoy volvemos a la Luna Oscura? He oído que hoy hay sorpresa para los primero en llegar y sabes que significa eso.

— Ya me lo imagino. Cuenta conmigo aunque sé perfectamente que si no llego vendrás tú a arrancarme de las manos de mi jefe, ¿o no?

— Que bien me conoces amigo mío. En ese caso te veo dentro de unos cuartos —. Se despidió mientras continuaba recogiendo sus plantaciones.

— Hasta dentro de unos cuartos, y si ves a Liz por ahí dale los buenos días- Dije despidiéndome.

Todavía estaba dirigiéndome a mi destino cuando encontré el templete del dios Arin, era el dios de las criaturas y marido de Kint, se decía que creó a todas las bestias, también a las personas, y para controlar toda la destrucción que traíamos con nosotros creó a las criaturas. Siempre había pensado que los dioses son crueles, cuando crecí entendí que la justicia siempre es cruel. Pero los dioses no son justos, la mejor descripción que se me ocurre es que nuestro mundo es el patio de recreo de unos críos excesivamente poderosos de caprichos cambiantes.

Marché hacia el Lago de Hielo, normalmente ya habría visto algún dragón blanco sobrevolando el cielo, y estaba muy extrañado, ande hacia donde había visto movimiento pensando que sería Ali'Amber, pero me equivoqué en lugar de encontrarme con la familiaridad del rostro de mi jefe me encontré con Sombras; sé perfectamente que jamás se adentrarían hasta el Lago de Hielo pues su único deber era cazar a las criaturas que ponen en peligro a los humanos y, en Gea las únicas criaturas que existían eran los dragones blancos que nos acompañaban. Las Sombras eran seres creados por Alen, solo obedecían al linaje de la familia real. Realmente eran criaturas cazadoras de criaturas, nunca pudieron ni podrán cazar en las Espesuras y en los Mares. No sé ni ahora ni antes como no los olí, pues desprenden un olor que hasta al más curtido le tumbaría en menos de dos minutos, su olor se componía de una mezcla de putrefacción, muerte y lavanda, sé que la lavanda os desubicará pero ¿qué es peor que el intento de disimular ese olor con lavanda? Lo siguiente que vi fueron el brillo de una espada de plata, una lucha que no duró más de unos segundos, un cuerpo cayendo y gotas y mayores cantidades de sangre que caían y se congelaban con su presencia.

Capítulo 4

Capítulo II: Pesadillas

Avha

Fuimos al fuerte de los bosques, mientras los novatos iban murmurando mi paciencia se iba agotando a pesar de que entendía su impaciencia y su emoción, al fin y al cabo era su ritual de graduación, yo estaba instigándolos a que se centraran y que se callaran, eso o tendría que soportar una pequeña porción de mi furia por acabar con mi paciencia. Pasaron todavía tres cuartos de Sol hasta que empezamos a alcanzar nuestro destino al crepúsculo; vimos manchas plateadas en los muros, eran destellos de Luna y Sombras que vigilaban todos nuestros movimientos y se movían a nuestro son con medida tranquilidad. Llegamos y directamente nos presentamos al líder del bastión, nos dio órdenes estrictas y directas. La graduación se llevaría a cabo al día siguiente y los cadetes debían descansar para que estuvieran preparados y calmados para las pruebas que les establecerían, y, la verdad, fue en vano pues estaban tan despiertos y nerviosos que aproveché para ponerlos a entrenar; les puse de meta que debían encontrar y consumir quince pixies cada uno y después pelear entre ellos, les advertí que su prueba sería algo similar a la práctica que iban a realizar pero prohibí las mutilaciones y muertes para evitar todo tipo de problemas, por lo que sería la tradicional lucha a puños.

Pasamos a la mañana siguiente con los cadetes en sus posiciones para la prueba, era la primera hora del día, aún no había amanecido y el Lucero del Alba nos observaba vigilante y cuidadoso. Su prueba consistía en encontrar, cazar y consumir dos serpientes híbridas del Mar Central y diez guardianes del Bosque, era una prueba estúpida porque las criaturas salvajes siempre resurgen, cada vez a un mayor ritmo. Tras ello los que sobrevivieran debían pelear entre ellos, los dos últimos ganadores serían bautizados como oficiales al mando, no obstante, si no conseguía ninguno superar la prueba toda la responsabilidad caería sobre mí pues su entrenamiento y su experiencia dependían completamente de mí.

Se estaban preparando, elegían sus armas y estaban cogiendo sus mapas con las zonas de caza cuando lo notamos, era un susurro de libertad, una vibración que nos recorría de parte a parte, un presentimiento de cambio; todos lo habíamos sentido, el último ser de linaje real había muerto, nada nos controlaba ya tras tanto tiempo de servidumbre bajo los humanos por fin éramos libres, éramos libres, era algo tan increíble que hasta el comandante lo murmuraba con su segundo al mando; los cadetes estaban nerviosos, también lo habían sentido y no sabían lo que significaba. Se les

ordenó empezar su prueba. Todos susurraban tras su marcha, era hora de destruir a todas las criaturas esa era nuestra misión y por fin la podríamos llevar a cabo, los terrenos protegidos más cerca eran la tierras de Gea, protectora de los dragones blancos. La cacería se llevaría a cabo tras la prueba, la realizaría el comandante del cuartel.

Jack

Desperté con sudores fríos y con una mala sensación en el cuerpo, me incorporé en mi lecho, no esperaba encontrar nada a los pies de mi cama, a estas alturas ya sabía que no habría nada allí, no desayuné nada, crucé corriendo la plaza, me despedí de Alec con un simple "Hasta luego", crucé el camino, no me entretuve con el templo de Arin y me intentaron detener en el poblado Ruhorn porque habían recibido avisos de problemas en el norte, cuando enseñé el cuchillo de cazador ya me dejaron pasar. Su advertencia era sensata, pero yo sabía que iba a pasar y debía evitarlo a toda costa, no podía perder a alguien tan importante, no ahora, no así. Avanzaba corriendo, no me cansaba, estaba acostumbrado a correr por mucho tiempo para perseguir a mi presa si lograba escapar, empezaba a llegar, veía el Lago de Hielo, ciertamente no lo vi, sino que sentí la mordida del frío en cada parte de mi cuerpo cuando llegué a la zona norte, me acercaba en sigilo y por los arbustos. Entonces lo oí, oí su penetrante peste antes de llegar, esta vez si los había detectado. Mi instinto me decía que los abatiera desde mi escondite, pero el miedo me pudo y me terminé rindiendo a esperar que pasara algo distinto pese a que sabía que no iba a ser así. Pasaron unos segundos en los que vi como rodeaban al líder de la Logia, para después ver caer el cuerpo de Ali'Amber.

Sentí algo destaparse en mi interior, la vergüenza me subía desde lo más profundo de mí y la ira me corroía, me juraba a mí mismo vengar su muerte, en ese momento todo el miedo que pudiera sentir me notaba en una sensación de ingravidez emocional y apenas lograba juntar dos pensamientos que no fueran de venganza. Corrí hacia ellos sin ningún plan, solo con cuchillo en mano y un odio profundo destilando de mi interior, conforme avanzaba aumentaba mi velocidad, notaba mi ira crecer y crecer, empecé sentir como la todo cambiaba, notaba la tierra alzarse a mis pies y ensartando Sombras, uno a uno iban cayendo ensartados por pilares de roca o disparados por un arco de cuerno que apareció en mi mano, no dudé, lo utilicé, no pensé si era el de mi padre o no, a esas alturas nada importaba y un arma es un arma, da igual su procedencia, mientras me sirviera no iba a hacer ninguna pregunta. Disparaba a una velocidad increíble y con una precisión aún mayor, eran flechas de obsidiana las que los atravesaban de parte a parte. Pasado un tiempo me quedé sin flechas, aunque no me importó; alcé las manos para después apoyarlas contra el suelo y removí la tierra, los que no maté antes los

enterré vivos, no me importaba de qué forma, pero morirían

Destruí a todos y cada uno de ellos, no quería parar, notaba el poder creciendo en mi interior la ira era el combustible que me impulsaba, "Estás perdiendo tu humanidad, cálmate o te consumirás - una voz femenina me susurraba en la cabeza, como un algodón que se pasa por una herida absorbió parte de mi ira y me dejó despojado de todo." Pasó un tiempo hasta que me clamé, no me resultó fácil, cuando lo conseguí por completo marché hacia el cuerpo de mi jefe y padre adoptivo: caído. Lo hice hundirse el suelo y ascendí un sarcófago de cristalinos diamantes para depositar su cuerpo en el interior de este sin contener las lágrimas que recorrían por mis mejillas. Lo enterré, ordené a la tierra cuidarlo y ocultarlo de malas gentes. Estaba demasiado cansado, noté el suelo y el cielo girar sobre mí y caí desmayado.

Avha

No resistieron muchos a su ceremonia, apenas llegaron cinco de los veinte que habían salido, pero por lo menos había llegado alguien y aun así noté miradas reprobatorias clavadas en mí, no era una élite, no eran buenos soldados. Se realizó su juramento al Lucero del Alba, se les ascendió a soldados rasos. No teníamos tiempo, para la lucha entre los cinco para ascender a dos a puestos avanzados pues debíamos llegar a Gea antes del crepúsculo, cosas extrañas y demasiado peligrosas emergen de la tierra a esas alturas de la noche.

No organizamos un pelotón completo, yo iba al mando de veinticuatro hombres, no era un pelotón pero si suficientes. No viajamos de forma ruidosa o llamativa, de hecho, viajábamos por los márgenes de los bosques hasta que llegamos a las puertas de la población, los guardias Ruhor nos vieron y abrieron las puertas era su deber, por debajo del rey íbamos nosotros y desafiarnos a nosotros era desafiar a su majestad y ellos no sabían que ya había muerto, de modo que nos escurrimos dentro y nos dirigimos directamente a la zona más al norte de la región porque allí se encontraba el protector de los dragones blancos y porque allí estaba el mayor nido de esas criaturas.

Vimos dragones volar por el cielo, me resultaban repugnantes, seres de caos y destrucción, habría que acabar con todos para poder asegurar un buen mundo, un mundo de orden. Llegamos a un lago helado mientras estaba concentrado en mis pensamientos; vimos al líder de la Logia pasear a la luz del sol atenuado por las nubes plateadas que se sujetaban al cielo como parches, marchamos, lo rodeamos y conseguimos reducir aunque presentó una grata resistencia ante nosotros.

Noté una presencia observándonos y el instinto me dictaba retirarme así que lo hice discretamente puede que alguien lo notara pero lo tomaría como un pequeño descanso personal; me daba asco, tenía repugnancia de mí mismo, estaba siendo un cobarde, no merecía ser capitán, ni siquiera merecía estar en esa misión.

Lo vi correr, era un muchacho que se iba ascendiendo, a cada paso iban ascendiendo pequeños pilares para apoyarle, y mis compañeros ni lo vieron venir. Cayeron como moscas, él los ensartaba o caían bajo sus flechas, y los que consiguieron sobrevivir al primer embate, murieron enterrados vivos.

Un solo joven había derrotado a casi un pelotón sin despeinarse, vi cómo se arrodillaba ante el hombre y lloraba su pérdida, vi como ascendía un sarcófago de cristales y como lo descendía a los fondos de la tierra. Cayó desmayado tras ello, y podría haberlo matado pero algo dentro de mí me lo impedía, lo mismo que me había dictado huir y era algo muy frustrante. Aunque algo en mí me impidiera hacerlo, el ejército que arrasaría aquella tierra indigna no padecería lo mismo que yo. Decidí dejarle en paz y marchar a la fortaleza a informar a mis superiores, sabía cuál sería mi castigo y que era posible que no viera otro amanecer, pero debía hacerlo y entonces íbamos a arrasar la tierra que nos había desafiado. Tendría su paz hasta nuestra llegada.

Capítulo 5

Capítulo IV: Caída de Gea

Jack

No sé cuándo pasó, creo que fue en el momento en el que me desmayé, fue un espejismo o tal vez todo era real. Estaba en pie o eso parecía, si crees que es muy contradictorio es porque fue así. Estaba sostenido por algo o estaba de pie, no podía saberlo pues estaba en una tierra transparente, y no, no me refiero a que fuera blanca o de cualquier otro color, era transparente, se veía a través de esta un vacío infinito. Me estaba mareando tanto que me entraron ganas de vomitar. Giraba, eso lo notaba, giraba sobre mí mismo y caía al infinito.

— Se bienvenido a mis dominios -. Me dijo una voz, no supe dónde ubicarla porque era imposible ver nada. - Debes detener la corrupción que mancha tu tierra antes de que destruyan todo lo que puedas llegar a apreciar.

— No sé a qué te refieres, estamos en paz, hace siglos que no hay ningún conflicto y yo necesito salir de este condenado sitio antes de que vomite —. Me estaba mareando y me costaba pensar con claridad —. Un momento, ¿cuándo dices corrupción te refieres a las Sombras? No son una amenaza tan grave, solo mantienen el orden y... — Se me quebró la voz, me acordé del asesinato a Ali'Amber —. Entonces ¿si ellos son la corrupción por qué no los destruyes tú? — una firmeza que no identificaba como mía apareció en mi voz- ¿pero quién eres? ¿Y por qué me mandas esto? Yo no soy tu recadero.

— Mortal, no me entiendes, no me refiero a las Sombras, lo que realmente está matando a tu mundo son las criaturas, sin ellas no serían necesarios las Sombras, así que elimina a cada uno de ellos y los Sombras morirán con ellos. Así cumplirás con tu venganza y de paso harás lo que te estoy ordenando. Y sin sus Comandantes, bueno, no puede haber más Sombras. Y no te atrevas a desafiarme de nuevo; YO SOY TU AMO, TÚ RESPONDES ANTE MÍ Y NO VOY A PERMITIR OTRA FALTA COMO ESTA — su voz retumbaba en mi cabeza y me dolía demasiado.

Debo admitir que la mente no me funcionaba con claridad, pero sabía que tenía lógica lo que decía, excepto la parte en la que se supone que le sirvo a él, al fin y al cabo, según el mito las Sombras fueron creados para defendernos de ellas, Alen los creó para arrasar con las criaturas y permitir a los humanos seguir existiendo pues las criaturas se alimentan

de nosotros. No todas, pero la mayoría sí.

— Tú no eres nada para mí, no respondo ante ti ni ante a nadie, si no me matas es que me necesitas y si no hago lo que pides no pasará nada, olvídate que lo haga por tus medios, yo acabaré con cada Sombra y después con las criaturas que amenacen la paz. Pero yo no soy tuyo —. La última frase la dije con voz desafiante y con tono de quien no va a dar su brazo a torcer, sabía que aquel ser me necesitaba y me iba a aprovechar de ello, además la muerte de Ali'Amber me quemaba, y quería venganza, así que podría conseguirlo.

— Mortal, no busques venganza pues sólo encontraras dolor y más perdidas —. Su voz sonó resignada como quién está acostumbrado a trabajar con cabezotas y sabe que no conseguirá nada insistiendo; hizo una pausa como si estuviera escuchando algo. — Debo dejarte ir. Todas las fuerzas están convocándose en tu territorio. Buena suerte

Algo me tocó en la frente y volví a experimentar una sensación de vértigo y de caída, supongo que antes ya me había acostumbrado; me desperté, no, ya estaba despierto, realmente no lo sé, toda experiencia me había ocurrido durante mi desmayo y no sabría decirte si realmente estaba dormido o si estaba despierto o si estaba en una especie de letargo. Escuché un fuerte aleteo y unas narinas resoplando.

Avha

Nos había vencido un mortal, eso era humillante, pero el hecho de que lo hiciera un simple muchacho era un agravio imperdonable, si no fuera por lo que me había tirado atrás, ese chico ya estaría muerto. Estaba seguro de cuál iba a ser la resolución del Comandante según llegara al Bastión, seguramente me acusarían de traición, y sería un renegado en buenas circunstancias, o, en malas circunstancias condenado a muerte. No podía hacer otra cosa que ir y esperar que fueran benévolos, aunque me escapara ellos me perseguirían por ser un desertor. Estaba sumergido en mis pensamientos cuando llegué al Bastión, vi otras manchas plateadas rodeándome, sabía lo que iban a hacer. Me arrodillé para evitar que tuvieran que hacerlo ellos de manera brutal y me amordazaron y ataron. Me llevaron ante el comandante Shaas, no hubo voces ni sonido, todo lo que pasó en Gea salía de mi mente para pasar a la suya, pensé en intentar cortar esa conexión pero si quería sobrevivir y que aún me admitieran en las filas tenía que mostrarme lo más dócil posible, así que relaté los sucesos directamente sin dar rodeos ni excusas y, curiosamente, me creyó. Tenía la sensación de que ya estaba al tanto de cada uno de los sucesos que habían acontecido; pero eso no me salvó de la sanción, sino

que la que se me impuso fue con creces cruel

Preparó a toda una armada para arrasar Gea, pero no me avisaron, no me dejaron prepararme para el ataque; el mensaje era claro, eres un repudiado no te necesitamos, y cuanto antes mueras mejor. Logré liberarme de mis ataduras después de mucho esfuerzo y traqueteo hasta la armería cuando el ejército estaba marchando; me caían gotas de sangre y sudor por los golpes que me había llevado mientras me arrastraba e intentaba liberarme, no era una sensación agradable. Descansé durante unos momentos antes de empezar a equiparme con lo que quedaba en la armería, no encontré arcos ni espadas largas así que me vi obligado a conformarme con un par de espadas cortas y tres dagas. Llegaría tarde y seguramente me ejecutarían allí mismo pero era mejor morir en batalla y con honor que verme obligado a quedarme ahí y consumirme lentamente hasta que tuvieran algo de piedad.

Corrí, mi vida dependía de que llegase a tiempo, antes de que empezara toda la batalla, antes de que estallara el caos y no supieras donde termina tu brazo y donde empieza el de tu enemigo. Llegué tarde, demasiado tarde, cuando ya estaban atacando la villa central. Se veían unas filas de llamas extenderse por el pueblo formado por casas hechas de madera. Sólo había un edificio hecho con algo que parecía ladrillo, era una estructura circular, se veían niños y jóvenes correr alrededor como si suplicaran por su vida. Al cabo de un rato pude ver como una mujer salía del edificio armada con espadas que emitían un brillo oscuro acompañada de dos pequeñas figuras de aspecto robusto, notaba en ella el mismo aura de poder que en el chico, tal vez más poderosa y pálida. Se alzó mediante pilares que surgieron de la tierra y los colosos que estaban detrás crecían con ella. Todos mis compañeros dejaron de prestar atención a los Ruhor que intentaban defenderse y atacarlos y marcharon directamente hacia el objetivo más peligroso que distinguían, que en ese momento era la mujer y los colosos, y ella no intentaba defenderse, solo elevó un muro de roca para marcar una separación. Me di cuenta de que me estaba elevando, cada uno de sus guardas me observaban, no podía decirse menos de mis compañeros. Ella susurraba, no la escuchaba y me acerqué un poco, ella seguía con su discurso del que me enteré a penas a la mitad, me decía que las esperanzas de paz residían en mí y que debía hacer lo posible por mantenerla. Pero algo me impulsaba por dentro, algo me impulsaba a sacar mis dagas y clavárselas, algo me impulsaba y yo no podía contenerlo. Finalmente cedí y terminé hundiendo las dagas en su vientre, ella no había puesto ninguna resistencia sino que me miró con un cansancio pesado en los ojos. Antes de ceder me susurró:

— Eres diferente al resto, no dejes que te controle más; ser humano no está tan mal, y puede que te llegue el turno de serlo. Y sí, las esperanzas de cambio están puestas en ti.

De repente algo dentro de mí se agitó, puede que esperanzas, puede que pena, pero sentía algo, y sentir me asustaba de tal manera que empecé a sentirme abrumado por ellos, me asaltaba la pena irracional por haber matado a esa mujer, algo me decía que había fallado y que debía redimirme, pero no sabía cómo hacerlo, lo que quedaba hasta el momento en que pudiera hacerlo era llorar, llorar por pena y lamento, llorar por la muerte que había causado, llorar por la pérdida de un ser tan extraordinario como era ella. Había matado a una mujer que confiaba en nosotros, una mujer que me observaba como algo más que un instrumento de matar. Noté el suelo ceder a mis pies y caí.

Jack

Cuando desperté de mi ensoñación escuché aleteos y narinas que resoplaban cansadas, el único motivo por el que no me había matado aún era o bien porque pensaba que estaba muerto y no quería rebajarse a tal nivel como para devorarme o era un dragón, y no un dragón cualquiera, era mi dragón, mi cachorro. Me mantuve así durante unos minutos, era una espera que me estaba enervando, y al no oír sonido me decanté por la segunda opción y me incorporé. Lo vi, primero sus ojos de color azabache y después su imponente porte, una cabeza adorable y un cuerpo arqueado, con espinas por la parte de la cola y un color moteado por el vientre. Parece que Tempestad había venido a recogerme.

— Ey, ¿chico que pasa?

Empujó su morro contra mi mano y miró hacia dónde estaba Gea, como avisándome o llamándome. Vi como algo descendía del cielo y pensé que era nieve, al fin y al cabo era blanco, alcé la mano para sentir aquel placentero frescor y, en cambio lo que sentí fue algo rugoso y que se deshacía en mi mano, no era frío, de hecho, estaba templado. Detuve mi mirada en esta ceniza un rato, pensando que podía significar, hasta que vi una columna de fuego y luz alzarse en el poblado.

— Tempestad. - Dije serio en un instante - llévame a la villa. Hazlo de rápido, no te preocupes por la velocidad, me las arreglaré para mantenerme en la silla.

Se agachó levemente y me monté en su lomo. Fue una travesía corta pero intensa, sentía como el frío y el viento me arrancaban la piel de la cara. Cuando llegué era tarde, ya estaba hartándome de llegar tarde a todo lo que me importaba. Vi a Madre alzarse con colosos y un ejército de Sombras marchar por la villa, me sentía impotente y furioso, la sensación de impotencia me atacaba como una mosca y la espanté tras un momento

de reflexión y me limité a dejarme llevar por la ira.

La voz me susurraba que me contuviera, y le hice caso, por mi bien y por el de todos pero entonces llegó el detonante: la misma sombra que había matado a Ali'Amber acababa de matar a Madre, ya había perdido aquello que me mantenía en trance, pero después de lo que acababa de contemplar la rabia terminó por consumirme, pena, ira, rabia, impotencia, odio, era semejante la amalgama de emociones que sentía que no distinguirías donde termina una y empezaba la otra, y estallé. Realmente sufría, no sentía ira, era solamente un sentimiento de dolor, pena e impotencia tan potente que quería destruirlo todo. Mi alma cada vez estaba más rota, mi voz quedó hecha jirones al igual que mi espíritu.

El muro que había levantado madre de repente se astilló y empezó a caer de trozos en partes y no me retiré, apenas retiraba los pedazos que podían significar un peligro para mí, el resto dejé que cayeran sobre mis enemigos. La voz volvió, ya no como susurro, volvió como un grito desesperado, volvió como el aliento a un ahogado, volvió a pasarme como algodón y entonces me noté vacío, sin energía ni poder, Tempestad me recogió antes de desmayarme por segunda vez en el mismo día.

— ¿Otra vez aquí, mortal? Pensaba que no te volvería a ver hasta dentro de bastante tiempo, y como siempre me he equivocado —. Mi miró con cierta curiosidad y al ver mi expresión me contesto a un pregunta que aún no había hecho —. No hace falta que digas nada, lo he presenciado. Una pena lo de la hechicera pero míralo por el lado bueno, tú sigues vivo para honrarla y además, buena pelea —. Terminó halagándome.

— No te atrevas a mencionarla.

— Vaya, vaya, un muchacho insolente y peleón, Alen, ¿lo has traído como cena para esta noche? - Otra voz sobrenatural, aunque esta femenina, vibró desde algún lugar.

— Ya sabes que no podemos matarlo, es nuestro campeón y tu hermana se irritaría si lo matáramos, protege a cada uno de estos monigotes.

— ¿Tú eres Alen? ¿Por qué quieres que mate a tus criaturas? Menudo dios piadoso y amante estás hecho -. Pregunté, pero al ver que no tenía respuesta opté por volver a mi insolencia -. Me siento muy honrado con eso de que no me matéis, cenéis o algo así, pero ¿me podéis devolver al presente terrenal? ¿Por favor?

— Tu elección se acerca, debes elegir a quien servir.

— ¿A qué te refieres? Y por última vez yo no voy a servir a nadie - Mientras terminaba de hablar y me despertaba escuchaba como la otra

voz hacía una pregunta que me preocupó demasiado.

— ¿Seguro que no podemos cenárnoslo?

Y tras ello me desperté, sudando y con el cuerpo destrozado por el cansancio, encima de Tempestad.

Capítulo 6

Interludio: Historias para niños

— Entonces cuándo desperté lo primero que pensé fue en... — Me interrumpí porque tenía la boca seca y un corro de niños alrededor de mí. Le hice una seña a Aler para que dejara de escribir. — Parece que tenemos visita —. Le comenté señalando con los ojos a los niños que nos miraban expectantes.

— Me parece que no es una historia que los niños debieran escuchar. Por cierto, tengo unas cuantas preguntas: en lo que relatas te nombras como Jack, ¿entonces cómo es que ahora te llamas Ícaro? ¿Por qué te lo cambiaste? ¿Era completamente necesario? ¿Qué son los Sombras? ¿Por qué no están aquí? ¿Acabaste con ellos? ¿Cómo matas a algo que ni siquiera es orgánico? — Me disparaba preguntas a una velocidad pasmosa, no me daba tiempo a contestar una antes de que saliera con otra.

Entre tanto los niños que antes escuchaban atentos ahora nos observaban aburridos, de hecho algunos estaban levantándose, desperezándose y bostezando, al cabo de unos momentos apenas quedaban unos pocos niños observándonos. Con una sonrisa perezosa y una mirada divertida me dispuse a contestar a sus preguntas:

— Bueno Aler, hay algunas cosas que se van explicando conforme avanza la historia, y sobre por qué me cambié el nombre, bueno, hay cosas que están mejor en el pasado y que son mejores recordarlas como viejas cabalgaduras y andaduras; las Sombras son y no son orgánicos, ellos se regían por unas reglas completamente distintas a las que el mundo tenía impuestas; y vosotros muchachos, ¿tenéis alguna pregunta? — Pregunté refiriéndome a mi joven y entusiasta público.

— Yo, yo, ¿de verdad existen los dragones? — El niño de la izquierda me preguntó con los ojos brillando de la emoción.

— ¿Y qué te hace pensar que no? ¡Claro que existen! Pero están lejos, muy lejos de aquí, no obstante, si llegaras a su tierra verías cientos, no, miles de dragones distintos. — Exclamé sorprendiéndome con que preguntaran cosas tan poco convencionales, supuse que todo aquello supondría un cambio en su rutina, así que seguí con el juego que había empezado, sólo para mantenerlos entretenidos.

— ¿Qué fue de su dragón? — Esta vez fue un niño del fondo quién

preguntó.

— Pues... - El mero recuerdo de mi cachorrillo, no, resultaba doloroso recordarlo. - Pues ya llegaremos a esa parte más tarde, ¿de acuerdo?

— Vale, tengo otra pregunta.

— Shhhhh, deja a los otros niños preguntar, y si no quedan más preguntas entonces podrás pedir toda la información que quieras.

— Si, si, por favor -. Esto último lo pidió en un tono suplicante que casi me hace sonreír, casi.

— Veamos, ¿alguna pregunta más?

Hubo un silencio casi absoluto, únicamente interrumpido por las respiraciones agitadas de los niños y los murmullos de Aler, que al parecer se estaba hartando de lo prolongado de la situación.

— ¿No?, en ese caso pregúntame el resto. - Le dije al mismo chico de antes, ahora me miraba con expectación y admiración, como si fuera un héroe que admirar, la idea me hacía sentir bien, pero también me daba un poco de, no sé, algo similar al asco propio pero sin llegar a serlo.

— ¿Qué son los Ruhor? ¿Si existen los Dioses por qué nunca se manifiestan? ¿Esta será tu única historia, que cuentes me refiero? - Genial, otra persona que pedía más información antes de llegar al punto, perfecto.

— Verás los Ruhor son elfos exiliados de su patria, por cometer un crimen, por herejía, por ir en contra de las costumbres... Sé que es horrible, para vosotros es ser un paria, si no me equivoco. En mi tierra eran aceptados y tenían una segunda oportunidad, me imagino que a los otros elfos no les hacía mucha gracia que nosotros les proporcionáramos cobijo y terrenos... Y con respecto a los dioses - dudé- es un tema complicado, no son completamente reales, viven en un plano más etéreo y ultraterrenal, no se pueden manifestar sin tener una representación física: o la cultura desarrolla una forma personal para ese Dios o toma el cuerpo de algún anfitrión, normalmente humano o elfo.

— No lo entiendo, ¿por qué los dioses no tienen un cuerpo propio?

— Es normal que no lo entiendas, es demasiado complicado hasta para mí. - Estaba cansado, la noche se acercaba con cada segundo que pasaba y sabía que por la noche volvería a pasar lo que llevaba sucediendo durante mucho tiempo. - ¿Alguien quiere que continúe contando?

— ¿Entonces qué eres, un humano o cualquier otra cosa? Ya no sé siquiera si llamarte Jack - Una voz del fondo preguntó sobresaltándome y giré mi cabeza muy rápido, tanto que asusté a Aler.

— Vaya, no esperaba verte por aquí, hacía tiempo que no hablaba contigo. Sabes que soy Jack, pero sabes que dejé de serlo hace tiempo, y sabes que soy yo porque ambos somos lo mismo. - Le contesté cuando le reconocí.

— Mmmm, Jack, ¿con quién hablas? - Aler por fin hacía preguntas útiles.

— Pues ese hombre es Alec, y supongo que sabrá parte de la historia. ¿Entonces, sigo avanzando en el relato? - Aler me miraba entre incrédulo, asombrado y un poco asustado, en cambio los niños me miraban expectantes, algunos salieron para avisar a los otros que la historia iba a volver a empezar.

Miré por la ventana de la posada, estaba oscureciendo, y con ella las criaturas de las sombras que me perseguían, me tocaría defender el poblado, como ya había hecho en las otras villas dónde había parado por el camino. Noté que me salían arrugas en los ojos del cansancio acumulado, no obstante me sentía lleno de energía. No me podía quedar en este sitio mucho tiempo, no era mi lugar y estaba poniendo en peligro a su gente.

— Bueno niños, es hora de continuar relatando...

Ya es de noche, lo vi cuando el tabernero encendía los farolillos de fuera de la posada.

— Bueno niños, tendréis que esperar a mañana para que siga contando, tengo algo importante que hacer, vosotros id a descansar. — Me miraron extrañados cuando cambié mi actitud tan de repente, y algunos empezaron a protestar, pero al ver que no iba a hacer ningún efecto se marcharon.

Capítulo 7

Interludio: El mejor amigo es el que nunca ves

Los niños empezaron a salir corriendo y jugando entre ellos de la taberna, un momento después, entró un guardia con respiración agitada y aspecto nervioso, Aler lo miró asustado y Alec se movió para mirar por la ventana. Me resigné todavía más cuando se movió despacio para no asustar a nadie y se acercó para susurrarme al oído:

— Ya están aquí.

— No pueden esperar ni una noche, ¿no? - Le respondí sarcástico.

— Parece que no, pero tú sabes por qué.

Desgraciadamente lo sabía, y, al igual que me había resignado a acordarme de mi amargo y triste pasado por la insistencia de Aler y que luego me enfadara porque quisiera echarse atrás, me había resignado a abandonar cualquier posible noche tranquila, sabía muy bien lo que acechaba allá afuera, y sabía que sólo yo podía verlo y evitar que toda la villa ardiera y fuera destruida antes de que nadie pudiera ver un nuevo amanecer. Me levanté suavemente de la silla, un movimiento lento, tranquilo, y todas las miradas se dirigieron a mí, y el guardia me miró preocupado y empezó a explicar el por qué yo no podía salir, puede que a otros les resultara tan estúpido como las historias fantásticas, pero yo sabía la verdad y sabía que debía salir.

Empecé a andar de una forma lenta y solemne, como todas, esperaba que esa noche fuera la última, pero ya no estaba resignado a morir, le había prometido a Aler terminar de relatarle la historia y los niños no tenían que sufrir por el castigo que se me impuso, hace ya mucho tiempo. Salí a la calle ante la mirada del temeroso guardia, e ignoré todos los consejos que me daba, al fin y al cabo, para las criaturas de la oscuridad no sirve de nada el temor, sólo puedes resignarte y dejar que pase lo que tenga que pasar.

Ya había salido, con el cuerpo fuera y la mente en otro sitio no tardé en encontrarme arrastrado por una criatura, una gran presión y fuerza tanto en el cuello como en el pecho. Ya no pensaba que ese era el final, por fin notaba algo por dentro, la furia me calentaba, el orgullo me motivaba y las promesas que había roto y que quedaban por cumplir me escupían, rencorosas.

La presión amenazaba con dejarme sin respiración, me revolví como un animal salvaje, dando patadas y puñetazos, intentando inútilmente coger las dagas de mi cinturón, conseguí liberarme y al ponerme en pie vi que quién me había agarrado era un caído, no tenía cuerpo y no lo podía matar, se había adelantado y se había permitido un ataque frontal con la esperanza de acabar conmigo rápido, no podía matarlo, al menos no con armas, y en ese momento hice algo que no debería hacer en mi estado: hice magia. Invoqué el fuego, quemé su armadura y sus armas, por muy inmaterial que fuera si quemaba su equipo no podría hacerme nada. Acabé con él rápido, pero venían más criaturas detrás y apenas me quedaba tiempo así que saqué las dagas de mi cinturón y me preparé para volver al combate. Estaba en posición, estaba preparado para un ataque. Y llegó, pero llegó desde atrás y apenas tuve tiempo para hacer cortes a la altura del cuello que sirvió para bastante poco, habían mandado un segundo caído, intenté volver a convocar al fuego pero no respondió a mi llamada, salí corriendo a las afueras del pueblo para tomar una candela que estuviera perdida, la encontré mientras me perseguían. Aticé con la candela al caído hasta que se rompió el metal y la llama lo consumió, pero no tenía tiempo para celebrarlo, ni si quiera para volver a ponerme en guardia, me habían perseguido todos mis enemigos y debía defenderme de alguna manera, así que despejé mi mente y dejé que tomara el control, guardé mis dagas y tomé otras. Entonces una mancha negra apareció en mi mano izquierda, y ascendió por mi brazo hasta llegar al pecho, continuó impasible hasta haber tapado cada parte de mí. Después me abandoné y dejé que Shaas tomara el control.

Mi mente ahora estaba en un segundo plano, veía como mi espíritu dejaba paso al de Shaas, ahora era yo el que observaba como mi "aliado invisible" peleaba, destruía y consumía a una docena más de las criaturas, parecen pocas, pero cuando te tienes que enfrentar a una docena como mínimo cada noche terminas perdiendo esa guerra decadente de desgaste. Me dejé llevar por mis recuerdos mientras Shaas estaba eliminando a nuestros enemigos diarios. Parecía increíble que hubiera sobrevivido a este ritmo frenético durante diez años; me acordaba perfectamente de todo lo que había vivido; otra gracia de los dioses, para impedirme que pudiera descansar en paz en algún momento.

Me acordé de la caza sin cuartel que le di a Shaas, para conseguir mi ansiada venganza, todas las aventuras que ahora parecen sueños, todas las pérdidas que ahora parecen imaginaciones me recordaban de cómo eran, pero me había olvidado de sus caras, sus expresiones, de todo lo que eran y de todo lo que fui. Me acordaba de todas las pesadillas que fueron realidades y me acuerdo de esas realidades que nunca lo fueron, de todas las traiciones suaves y bienintencionadas y de aquellas odiosas y dolientes. Me acordaba que, a pesar de haberme perdido, siempre volvía al mismo punto. Las lenguas que aprendí, las técnicas de combates que usé, el pasado que redescubrí. Que irónico que las personas que nunca quisieron nada, terminan perdiéndolo todo. Este mundo se resume en un

juego de dioses. Un juego cruento donde parece que sólo yo perdía.

Sumido como estaba en estos pensamientos me sorprendió cuando Shaas volvió a las profundidades del nexo conmigo y con el resto de las almas que me acompañaban y me susurró que volviera, que no quedaba más por hacer que terminar de contar mi historia para poder olvidarlo todo; sabía que era mentira, pues incontables veces lo he gritado a los cuatro vientos y susurrado a las rocas, los recuerdos seguían prendidos en mí como una llama inconsumible. Me incorporé y recuperé el poder de mi cuerpo que no reconocía como mío. Corrí hacia la taberna para encontrarme con mi compañero y con aquellos niños de almas inocentes. Cuando llegué me encontré con que solo quedaba Aler despierto observando la puerta con una mirada de pánico y una expresión de locura en el rostro.

— ¿Aler, necesitas descansar o quieres que siga relatando la historia? - Le pregunté al ver su expresión.

— He visto todo lo que ha pasado, me tienes que explicar como ha sucedido y por qué, mas aunque desee esa información me preocupo porque parece que solo me ves a mí y no has visto las sillas y mesas con las que te has chocado cuando has entrado a la taberna, y ni si quiera has visto al resto de personas - Ahora me miraba nervioso y preocupado.

Tuve que concentrarme en aguzar otra vez mis sentidos, pues el dominio de Shaas sobre mi cuerpo los había atrofiado, tarde a penas unos instantes, pero cuando recuperé la vista pude ver que era de día, sobre unos tres doceavos de sol.

— Creíamos que habías muerto e iba a marcharme —. Hice una mueca burlona pero amable para Aler, e intenté componer una amable y tranquila para los niños, aunque temo que me salió demasiado forzada.

— No te preocupes, todo está bien, dadme un momento para desayunar. Tú, Aler, deberías preparar tu equipo porque según termine voy a empezar a relatar, y vosotros, niños - Se me quedaron mirando preocupados porque pensaban que los iba a echar de la taberna, a pesar de no tener suficiente poder para hacerlo-, poneos cómodos porque no pienso repetir nada de la historia.

Capítulo 8

Capítulo V: ¿Qué será de nosotros?

Jack

Cuando desperté, lo hice con el cuerpo empapado en sudor y con un viento gélido azotando y maltratando mi cuerpo; estábamos sobrevolando la calcinada villa, o por lo menos lo que quedaba de ella, en las calles se podían ver a los cuerpos desperdigados cerca de las casas. No se llegaba a ver el suelo, o si lo era negro y estaba cubierto de ceniza y muerte, seguimos sobrevolando la villa intentando encontrar algo distinto al panorama que nos habíamos encontrado en un principio, pero no las Sombras habían sido sistemáticas y se habían encargado que todo quedara totalmente calcinado; de las casas solo quedaban las bases de roca, antes de tonalidades grises y blancas, ahora tintadas de negro por las caricias del fuego. La noche se acercaba y no tenía ningún lugar donde resguardarme. Pensé en volver a casa, pero si habían incendiado todo a su paso no tenía esperanzas en encontrar algo allí, puede que algo en mejor estado que las casas que se extendían ante mí, pero no estaba seguro y no quería arruinar los buenos recuerdos que atesoraba en aquella casa. Descendimos en silencio de forma lenta mientras veíamos a la Luna alzarse en frente de nosotros. Nada más tocar el suelo pude ver que las calles no estaban tan llenas de cuerpos como me lo pareció al principio, de hecho apenas había unos quince en total, me resultaba muy extraño pues vivían acerca de unas tres veces cien personas en la villa central, al acercarme a investigar pude ver movimiento a mis lados, pero Tempestad no hizo nada, por lo que pensé que serían animales, incluso pudieran ser alimañas que venían a alimentarse de los pocos cuerpos con algo de carne encima. Cuando me acercaba a la taberna, antes popular, y a sus alrededores en busca de algún mísero superviviente me sorprendí con una daga en el cuello y otra en la parte baja de las costillas, cerca del estómago.

Cuando alcé la vista esperé a ver a algún Sombra que no dudaría en hundirme las dagas en cualquier instante, tal vez, incluso a aquella criatura que le había arrebatado la vida a Madre. En lugar de eso pude ver unos ojos grises tormenta y unos cabellos tan encendidos como las brasas que residían tranquilas en los restos de las casas; esa tormenta que antes trataba de matarme retiró las dagas y las tiró a un lado para echarse encima de mí y rodearme con los brazos para solo llorar desconsoladamente. Al cabo de unos instantes, se separó de mí y me miró a los ojos, tuvo que bajar un poco la cabeza porque soy una barbilla más alto que ella y me miró con una desesperación que entendía perfectamente, en apenas un día habíamos perdido todo lo que teníamos,

por un motivo fortuito, o, al menos eso parecía.

— Tranquila Liz, tranquila. Todo ha pasado ya, todo ha pasado...— Miraba a mi alrededor intentando superar la conmoción que me había causado ese encuentro, buscando a Alec con la mirada, pero no lo encontraba mi miedo iba en ascenso con cada segundo que pasaba que miraba al paisaje desolador.

Ella terminó de calmarse, me miró profundamente triste y rota, me miró con una rabia sorda dirigida a alguien que ya no estaba ahí con nosotros, esos ojos que me revelaban la verdad de que no volvería a ver a Alec; aquellos ojos que parecían la niebla contenida, se me rompió el alma al ver que se le volvían a anegar con lágrimas. Fue en ese momento en el que juré que acabaría con todos los de su especie, todos aquellos que han infligido tanto dolor y daño. Por el asesinato de Madre, por el de Ali'Amber y por todos los demás inocentes que lo habían perdido todo, incluida su vida. Por mi mejor amigo que había sido mi hermano y por las dos almas rotas que estaban abrazadas mientras no podían retener las lágrimas contenidas. Fue en ese momento en el que juré luchar y defender por todas las personas que pudieran sufrir el mismo destino que nosotros.

Al cabo de un rato y tras tranquilizarnos un poco empezamos a planear como sobrevivir y si debiésemos marchar hacia nuevas tierras más allá de Dos Colmillos. Mientras buscábamos algo similar a un mapa por el poblado se me ocurrieron dos ideas, a cada cuál peor.

— Oye Liz, en la Logia había un mapa de todo el continente, a lo mejor allí podríamos ubicarnos un poco saber a dónde vamos en vez de ir andando a tientas. Por cierto, es posible que la pregunta te duela o te incomode, ¿me podrías decir como murió Alec, por favor?

Las reacciones que tuvo eran contradictorias entre sí, al oír la primera parte sonrió y empezó a andar hacia mí murmurando algo de que ya podría haberlo dicho antes de buscar por toda la villa, sin embargo cuando oyó la parte en que le preguntaba por Alec se le congeló la sonrisa, se quedó quieta y, por un instante fue frágil; pasado ese instante de vulnerabilidad me miró furiosa y me gritó que si no tenía suficiente con todo lo que había sufrido. Fue de esos momentos en los que desearías haberte callado, porque después sabes que lo has hecho mal y deseas que la tierra te trague.

Sin mediar ninguna palabra más se montó en Tempestad y él me miró extrañado, pues Liz estaba esperándome para que alzáramos el vuelo, pues ella no sabía hacerlo. Al final se tragó su orgullo y su enfado y me miró, pero era una mirada en la que dejaba claro que la situación solo se había aplazado. Finalmente me monté a lomos de Tempestad como había hecho miles de veces, hasta que caí en la cuenta de que no teníamos provisiones, y la silla de montar era demasiado pequeña para dos, en los

viajes de corta distancia como este no había riesgo de que nadie cayera, pero en el que íbamos a realizar, negué la cabeza, más para mí mismo que para Liz me viera; todos estos problemas tendrían que esperar, porque seguía siendo posible que la Logia también hubiera sido destruida, y, entonces, no... no sabría qué hacer, no sabría cómo reaccionar. Sumido en estos oscuros pensamientos di la orden y nos alzamos en el aire rumbo a la Logia... o lo que quedara de ella.

Capítulo 9

Capítulo VI: El momento de una pérdida

Jack

Alzamos el vuelo en pleno anochecer, quién sabe, quizá en otras circunstancias me habría maravillado ante tal escena, con la Luna ascendiendo lentamente en un manto oscuro con parches plateados que brillaban con la luz que desprendía la esfera plateada, sin embargo la situación ahora era arriesgada y no podía sumergirme en mis ensoñaciones a pesar de que me rondaran cada vez más insistentemente. Aún me preocupaba que no tuviéramos víveres ni ningún medio para orientarnos. Surcamos el cielo a una velocidad que a mí me parecía normal, casi lenta, pero, al parecer, Liz no pensaba lo mismo, notaba que me iba a romper las costillas con la fuerza que me apretaba, me sorprendía que fuera tan fuerte, y por otra parte me acordé de que era granjera. Al girarme para buscar unos guantes para ella en las alforjas me di cuenta de que Elizabeth estaba apretando con los muslos los lomos de nuestra montura y los brazos y cuerpo fuertemente pegados a mí, me rondaron varias ideas oscuras en la cabeza que me apresuré a espantar. Ella al notar que me movía aflojó la fuerza de su abrazo y despegó su cuerpo del mío, desvié mi mirada de ella de forma apresurada y, gracias a los Dioses, ella estaba lo bastante mareada como para no darse cuenta. Rebusqué en las alforjas de forma rápida para sacar unos guantes de cuero reforzado y una rebeca. Le extendí el par de guantes que llevaba de reserva y la rebeca, pues las escamas de Tempestad eran increíblemente duras y hacía un frío glacial.

Sobrevolábamos el Lago de Hielo cuando me acordé de Ali'Amber, con una oración silenciosa continuamos avanzando en un páramo helado igual de silencioso, pues en aquella zona hacía tanto frío que ningún lobo lo podía soportar, los únicos animales era las criaturas blancas y negras que andaban patizambos, los zorros y conejos que cazábamos por su muy gruesa piel y pelaje y algún que otro leopardo que nos ayudaba a mantener a raya a nuestras presas. Llegamos al pico truncado y excavado que servía como plataforma y aterrizamos allí. Tempestad no había comido desde aquella mañana, así que le dejé irse a cazar. Nosotros desmontamos y cogimos todo lo que nos podía servir de utilidad: ropa, arma, víveres y mi distintivo; descendimos por las escaleras de granito talladas hasta llegar al salón. Allí se enseñaban las presas y se nombraban los veteranos, aprendices e iniciados, me pareció una eternidad desde que estuve allí por primera vez, desde que me nombraron el aprendiz de Ali'Amber y desde que me dieron un huevo del que surgiría mi mejor

amigo.

El mapa que yo recordaba es hallaba en el tablón de anuncios que estaba detrás de la armería, sin embargo al llegar allí lo único que encontramos fueron unos cuerpos que nos miraban con actitud y ojos desafiantes, personas que no temían entregarse a sí mismos para asegurar una estabilidad: eran los cazadores que se habían quedado. Era repugnante y doloroso a partes iguales, desvié la mirada a mis zapatos como silencioso homenaje y distinguí en aquella semioscuridad unos arañazos en el suelo, como si se hubiera arrastrado algo pesado. Mientras seguía la serie de arañazos hasta una pared de roca maciza, me iba acordando, allí era donde lo había visto, la primera vez que mi maestro me llevó allí colocó un medallón con una flecha en medio y a cada lado unas alas. Aquel emblema que llevaba siempre consigo. Liz al verme allí parado se acercó para ver si había descubierto algo, pues ella había buscado por la otra mitad de la estructura, le dije que no mirara detrás de la armería, ya había visto demasiada muerte, me susurraban mis remordimientos, y ahora quieres llevarla a ver más, eres horrible, mi mente conspiraba conmigo mismo, ¿o acaso te consideras amo de su vida como para torturarla y hacerle perder la poca cordura que os queda?

El emblema, el símbolo de la Logia, el símbolo de los cazadores, la puerta, mi mente intentaba distanciar esos pensamientos para dar rienda suelta a mis remordimientos, pero debía concentrarme en mi objetivo y no en mi salud mental, fijé en mi cabeza un objetivo: el medallón. Lamentablemente sabía que aquel emblema lo portaba en su bolsa, y siempre la llevaba, o atada al cinturón o a la espalda, aquella mañana llevaba una bolsa en el cinto y supe que me tocaría cometer un sacrilegio para poder encontrar aquel dichoso mapa: me veía obligado a buscar en el cadáver de Ali'Amber.

Avha

Noté el suelo ceder ante mis pies y caí, me preparé a morir sin casi remordimientos, sabiendo que si hubiera sobrevivido sería un marcado, un renegado o puede que un caído, notaba una sensación de asco propio, era desagradable y era la primera vez que lo sentía y eso hacía que lo sintiera como un caramelo. Nunca pensé en lo que hubiera hecho en mi existencia, ni lo bueno ni lo malo, solo sabía que hacía cosas, y puede que ya me llegase el momento de asquearme de mí mismo. Pero me quedaba poco tiempo, estaba a punto de llegar al suelo que estaba literalmente a un palmo de mi cara, y entonces... Nada, no noté nada, pensé que sentiría por lo menos un impacto en el pecho o que notaría como se me escapaba el aire, puede que antes de desvanecerme para siempre escuchara una serie de crujidos y chasquidos, pero no, el destino no me deparaba aquello. Estaba todavía vivo, podía moverme, entonces noté

otra sensación, culpabilidad de no haber muerto como debería y remordimientos por todo lo que había hecho y otra vez volvió aquella emoción, a aguijonearme con la culpa. Mientras me ponía en pie noté como una gran fuerza se acercaba a donde yo estaba.

Cuando pude alzar la vista vi a un joven de ojos blancos observarme con añoranza, como un niño que observa un juguete que se hubiera roto y al que tenía aprecio, pero que supiera que podría conseguir otro si quisiera. En su espalda llevaba plegadas unas alas, la derecha de plumas negras y la izquierda de plumas blancas, su pelo era como el azabache y su cuerpo tostado. Tenía una buena forma física. Entonces, habló y con su voz me recordó todo lo que había hecho, lo que creía que era bueno y lo malo.

— No podía permitirte que murieses, eres mi creación más perfecta hasta el momento. - Me miró valorándome, - creo que te doté de capacidad para hablar. O puede que me haya equivocado y no lo haya hecho, en cuyo caso perdóname, soy un dios, no perfecto. Y debo de ocuparme de demasiadas cosas como para comprobar que puedes hablar.

En mi mente me acordaba de todas las leyendas, definiciones y descripciones del dios creador, pero nunca se le describió como ahora se manifestaba ante mí, como un adolescente sarcástico y cansino. Me arrodillé intentando hacerme lo más pequeño posible.

— Mi señor, es para mí todo un honor que me hayas salvado y que te dirijas a mí directamente como tu ser más perfecto. Pero debes permitirme morir, he eliminado a demasiados inocentes incluyendo a una mujer que creía en nosotros. No puedes pedirme que desee seguir viviendo tras todo lo que he hecho. — Mientras hablaba noté mi primer fallo, debí haber dicho si podría considerar el dejarme morir, pero parece que no notó la falta o que la dejó pasar.

— Pobre, realmente te ha tenido que afectar; la suya fue una gran pérdida, pero no se puede lamentar, habría muerto tarde o temprano, era una gran maga y para la suerte de este mundo dejó un heredero antes de su muerte. Creo que ya lo conoces; y con respecto a tu muerte no puedo concedértela, pues una gran carga pende sobre ti, el destino de estas tierras depende de tus decisiones, pero sé que avisarte no servirá y que cualquier ser se vende a cambio de algo, pero como tu dios creador has de obedecerme y no dudar de mi juicio. Te encomiendo una misión, que es despejar al mundo de los humanos que esclavizan a las criaturas, tú deberías entender que es lo que ocurre cuando se utilizan las criaturas de la forma en que los humanos lo hacen, se repetirían los mismos factores que entraron en juego en la Primera Gran Guerra. Pero debes dejar vivo al muchacho y a todos que portan el sello de la magia, pues su destino está fuera de mis manos.

— Todos creíamos que aquello eran mitos y que solo era una historia para luchar con más ahínco contra los mortales.

— No hables como si tú no lo fueras, te he salvado, y ese muchacho tiene la fuerza suficiente como para acabar con todos vosotros, mis increíbles seres.

Aquella información me impactó como si me hubieran atravesado con una lanza, ahora lo entendía, aquel joven era el heredero de la magia, era un jinete y un cazador, ahora entendía el porqué de aquello que me contaba.

— Acepto la misión y todo aquello que me encomiendes, Alen, mi señor.

— Bien, mi criatura, en ese caso, - Me miró a los ojos- no hagas daño al mortal, por lo que más quieras, su deber para con el mundo dista mucho de lo que tu escasa imaginación puede emular. Se me olvida algo... ¡Ah! ya me acuerdo, corre antes de que te vean.

Desperté enterrado en un montón de rocas, oí unos aleteos en los alrededores, así que permanecí inmóvil, tratando de asemejar un cuerpo inerte; un rato después lo escuché aterrizar cerca y varias pisadas que se alejaban. Me escurrí por entre las rocas y salí de ellas, a apenas unas docenas de metros se encontraba un dragón blanco, pero ahora mi instinto no me empujaba a matarlo, solamente a huir. Me interné en los bosques y corrí hacia la entrada de aquellas tierras, estaba a las alturas de un poblado incinerado que antaño perteneció a un grupo de extraños exiliados cuando el sol se perdió en el horizonte y la Luna y el Lucero del Alba salieron a brillar, preparé un campamento improvisado y me dispuse a tener aquellas pesadillas que me atormentaron hace mucho tiempo, y que me atormentarían durante aún más tiempo.

Capítulo 10

Capítulo VII: Grabado con sangre.

Jack

No era cómodo tener que rebuscar en una tumba, pero lo era menos tener que hacerlo en la tumba del hombre que una vez fue como tu padre, además de tu mentor. La Luna ya brillaba débil en el cielo y las estrellas la acompañaban con una luz menor pero igual de pura. Liz se había quedado preparando un campamento provisional en la caverna, me hubiera gustado que viniera conmigo aunque sabía que si la hubiera obligado a venir sería demasiado cruel por mi parte y ya sería demasiado como para los pequeños bordes que aún no habían colapsado en mi mente. Busqué en las zonas circundantes al Lago Helado, tampoco es que fueran pocas ni poco extensas tratando de recordar dónde lo enterré, tratando de visualizar un destello, un brillo, un algo. Vi un brillo bajo la luz de una estrella gris mucho más luminosa que el resto, después distinguí un conjunto de destellos del mismo lugar; así que me encaminé hacia allí para encontrar la tumba de cristales blancos y azules; y dentro de esa tumba estaba Ali'Amber, sus manos sostenían una espada que apuntaba a sus pies, sus ojos antaño brillantes y llenos de vida ahora estaban apagados y cerrados. Lo observé durante largo rato rememorando viejos recuerdos y, sin que me diera cuenta noté una lágrima cálida y silenciosa deslizarse por mi mejilla para poco después caer de mi mentón y congelarse antes de rozar el suelo, sabía que no lograría aunar el poder necesario para afrontar aquel desafío en solitario. La Luna estaba acostándose por encima de mí dejando paso al amanecer. No había dormido en toda la noche, ni había noticias mías y sospeché que si Liz no estaba dormida estaría muy preocupada por mí.

No había terminado de cruzar hasta la escalinata de piedra cuando vi movimiento en el bosque, al principio no le di importancia, sería un conejo o un zorro persiguiendo algo. Avanzaba por el tercer escalón cuando algo hacía rechinar sus garras en el hielo, eran leopardos de las nieves, como no; con mi suerte lo raro era que todavía estuviese vivo. Recé en silencio por una muerte rápida mientras empezaba a sacar la daga de su funda. Me giré lentamente para mirarle a los ojos; ya había sacado la daga de su funda y me preparé para su ataque.

— Gatito bueno, gatito enorme bueno - empezaba a murmurar mientras empezaba a gruñir y a avanzar despacio hacia mí mientras que retrocedía ascendiendo escalones con la esperanza de llegar antes de que empezara un conflicto innecesario con la naturaleza-. Eres un gatito enorme bueno, seguro que no me quieres atacar, seguro que solo tienes hambre y no

quieres matarme con tus enormes colmillos, ¿verdad? Tengo un poco de carne en la bolsa, si te quedas quieto te daré toda la carne, pero estate quieto.

El leopardo, inmune a mis palabras, estaba tensando su espalda y haciendo fuerza en sus patas traseras, iba a saltar a por mí, en un momento de aquella situación que se me antojaba eterna sonó algo en el bosque y el leopardo se despistó intentando distinguir que se acercaba, fue en ese momento en el que aproveché para subir las escaleras de dos en dos a toda prisa. El leopardo tras ver que era un pingüino se giró hacia mí, se contrarió al no verme donde estaba antes y distinguirme subiendo las escaleras como una exhalación. Empezó a seguirme, en efecto, yo no lo supe hasta ese momento, los leopardos saben usar escaleras. Estaba a apenas unos escalones y unos pasos del portón de la caverna cuando noté que algo me clavaba sus garras en mi espalda e intentaba morderme el cuello; chillé al contacto con sus garras y me revolcaba y luchaba por mi vida; como consecuencia me clavó sus garras en los brazos, en el torso y me mordió en los brazos y en las costillas, intentando inmovilizarme o matarme; me maldije por que se me hubiera resbalado la daga escaleras abajo durante la carrera por la supervivencia, siempre llevaba una de repuesto en la bota, pero no podía moverme para cogerla sin que el leopardo me clavara sus garras o sus colmillos en mi cuello. Lo único que podía hacer era postergar la situación y rezar por intentar sobrevivir. Me sumergí en estos pensamientos mientras continuaba defendiéndome como buenamente podía. Oí un silbido y, vi por un instante, la sombra de un objeto viniendo hacia nosotros, me pegué al suelo todo lo posible para evitar que la posible flecha me diera. En efecto, era una flecha, que le dio de lleno en el costado al leopardo que se tambaleó herido y confuso al no saber de dónde venía la flecha y por haber perdido su posible presa. Era mi oportunidad, saqué el cuchillo de mi bota, y corrí hacia él, le clavé el cuchillo en el cuello y me alejé para evitar sufrir más heridas. No tardó mucho en morir, el primer pensamiento que tuve fue para agradecer a los dioses por haberme permitido sobrevivir, descarté esa idea, después pensé que la piel y la carne nos vendría muy bien y mi tercer pensamiento fue maldecir de todas las maneras que conocía por aquel maldito encuentro, por mi maldito estado y por mis malditas heridas. Cuando entré en el campamento improvisado me encontré con la mirada reprobatoria de Tempestad y con una Elizabeth preocupada que se tiró a mi cuello, caí de espaldas al suelo; tenía numerosos arañazos y heridas profundas abiertas y por tanto me hice daño. La situación me recordó a la que había vivido minutos antes con el leopardo, me pegaba con sus puños y con sus palmas, y yo, que estaba herido hasta decir basta, a duras penas podía aguantar sus débiles estocadas. Después de unos cinco minutos así, se incorporó y empezó a llorar, me quedé de piedra, sin saber que debía priorizar, si solventar mi situación actual o intentar consolar a mi compañera.

Me levanté y llamé a mi dragón para que se acurrucara con ella y yo pudiera ir a curarme. Pensareis que fui muy frío, que debí haberme sentado con ella y haberme puesto a acariciarle el pelo, pues bien estaba medio desangrado con las heridas aún abiertas y sangrantes, el mundo me daba vueltas y olía el calor del fuego, poneos en mi situación y decirme que hubierais hecho. Teníamos un botiquín muy mal preparado, pero me tuve que apañar con los materiales con los que contaba. Primero me limpié las heridas con agua y me puse algunas vendas en las peores heridas e intenté desinfectarme las pequeñas, cogí y encendí un fuego, dejé que ardiera mientras ponía la carne para que se cocinara, y la piel para prepararla, cuando quedaron las brasas cogí un carbón medianamente limpio y, poniéndome el mango del cuchillo en la boca, me lo puse y empujé hacia dentro para desinfectarlas y cicatrizarlas rápido.

Avha

Desperté en mi improvisado campamento y seguí mi camino hasta llegar a la Puerta de Dos Colmillos, para salir de Gea, fue un camino rápido. Había un chico que intentaba salir por el mismo lado que yo, no era el que nos había derrotado, pero mostraba un aura similar, me miró con una expresión extraña con casi pena, como si previera lo que iba a pasar a continuación y no lo recriminara, como si ya hubiera perdido todo y no le importaba terminar con ello de una vez. Estábamos los dos débiles, y yo tenía que cumplir una misión; le consumí para evitar morir del esfuerzo, pues estaba hambriento, sediento y cansado. Llegué a la costa del Mar Central y caí desfallecido, con una vista que acariciaba el azul del mar, el verde del césped, el castaño y dorado de las hojas pero que no podía enfocar, una vista que se perdía en las maravillas pero que era incapaz de verlas ni disfrutarlas, a la sombra de un bosque de robles. Después de eso me desmayé por el esfuerzo y el cansancio. Tuve las pesadillas que desde hace unos días se habían reforzado. Me despertaba en los barracones de la fortaleza del bosque y tenía que entrenar a los novatos, los llevaba al campo y al bosque para que entrenaran y cuando los llamaba para que vinieran solo acudía uno y me apuñalaba en el tórax, después me notaba subir hasta los astros y llegaba a una plataforma transparente y me notaba caer por una eternidad, después llegaba al suelo y veía como los humanos habían desatado otra Gran Guerra. Me desperté entre sudores y al mirar al cielo vi que no habrían pasado más de veinte minutos, tenía que ponerme en pie aunque sintiera náuseas y mareos, tenía que continuar, era mi deber. Por lo menos tenía que llegar al puerto de las montañas para poder pasar más desapercibido.

Capítulo 11

Capítulo VIII: Sueños y planes

Avha

Sufría mucho y cada vez me costaba más avanzar, las pesadillas desfilaban frente a mí a pesar de estar despierto y podía sentir como mi voluntad me abandonaba, como si la sorbieran, apenas estaba en el puerto continental y estaba perdiendo la consciencia. Tenía que llegar, tenía que hacerlo...

Desperté de nuevo en la mañana, mis ropas olían a sal, ese dato de por sí era extremadamente raro, todos los de mi especie olemos a podredumbre con el fin de incapacitar a nuestras víctimas. Una idea terrible se me pasó por la cabeza, estaba aterrorizado ante aquella posibilidad, no podía ser, no debía ser cierto; "Te estás volviendo humano". - De nuevo las voces de mi cabeza me acosaban, últimamente me perseguían hasta que dormía o perdía la consciencia. De lejos podía distinguir la figura de una persona e intenté esconderme. Me tendría que contentar con asentarme en ese rincón olvidado de todos.

Jack

Lo único que me pasaba por la cabeza es que después de todo lo que me había pasado ni siquiera había cogido el medallón de Ali'Amber, todos nos estábamos recuperando, Liz ahora me miraba con una mezcla de odio y preocupación, yo la comprendía, me odiaba por ponernos en riesgo de una forma tan... despreocupada, y quiero creer que se preocupaba por mí porque le importaba aunque solo fuera un poco.

— Liz, voy a volver a la tumba para ver si encuentro el medallón... Y lo lamento por haberte preocupado y por ponerte en riesgo. -Le comentaba mientras me enfundaba una capa de la armería que era de capucha doble. - Me llevaré a Tempestad para evitar cualquier problema y para tardar menos. -La miré intentando entrever algún pensamiento o algo que mostrara, pero era imposible, su cara era ahora una máscara pétrea, sólida, gélida. - Bueno, ya me voy.

Silbé un tono agudo que utilizaba para llamar a mi montura y que se preparara para volar. Me acerqué a él para montarme cuando noté que alguien me agarraba del brazo, giré la cabeza y vi que Liz ahora tenía una daga en la mano y que me sujetaba con la otra, me preocupé y le

pregunté que qué pasaba y si iba todo bien, no me contestó, sólo me miraba con unos ojos vacíos, unos ojos que según yo habían terminado con aquellos a los que apreciaba. Levantó la mano izquierda y me atravesó el antebrazo izquierdo con una velocidad y facilidad alarmantes. Chillé, Tempestad alzó el vuelo preocupado, ya no tenía un brazo entero, ahora tenía un muñón. Y entonces... entonces me desperté.

Avha

Era la mañana del quinto día, fue ese día en que volví a asesinar, ese día volví a convertirme en un instrumento; el hombre, que días antes vislumbré me encontró en el pequeño refugio que me había hecho, me preguntó si era un renegado o si simplemente estaba perdido, no hizo nada, me llevó a la casa del puerto donde residía, me dio una manta y unos pocos suministros, más de lo que tenía aquel hombre. No tenía nada que hacer, por aquel entonces era un renegado. Acepté la oferta de pasar allí la mañana y se dispuso a contarme su historia, no me quejaba, era agradable poder ver que aún había gente pura, gente que no se había corrompido por el odio y la codicia, lamentablemente aquel tipo de personas quedaba relegadas a los rincones perdidos de la civilización, exactamente como aquel en el que estábamos.

Según me contaba aquel hombre había nacido en Lantern, la isla del Mar Central, su vida era normal y durante todo su curso había transcurrido con normalidad, era cuando tenía los dieciséis años el guardián del faro lo nombró como su aprendiz. Pasó el resto de los siguientes tres años aprendiendo el oficio y asumiendo las responsabilidades que le legaría su antecesor; fue una noche cuando se distinguieron una pequeña flota de veleros de pesca llegar a la ciudad y, él atendiendo a sus obligaciones dio la voz de que llegaban unos viajeros y que había que preparar el puerto para acogerlos, me contó que de no haberlo hecho probablemente la mayoría de la gente que murió allí seguiría viva. Eran comerciantes de productos extraños y de criaturas, se quedaron en el pequeño hostel que tenían para esas ocasiones, fue a la mañana siguiente que se dio la voz de alarma que se habían encontrado varios cuerpos y de que los mercaderes habían perdido un alfa, un ejemplar de serpiente marina, la pesadilla de aquellas gente, aunque esta además podía cazar durante unas pocas horas en tierra. Se sentía destrozado, su pueblo lo repudiaba a pesar de que eso él no lo pudiera controlar, pasó a ser un renegado, un perdido, un olvidado.

Por la tarde se distinguían varios carromatos acercarse a la casa del anciano, me picaba la curiosidad así que me acerqué a ver que sucedía; eran bandidos que habían venido a saquearlo todo, se habían desecho del anciano, ese hombre sin nombre pero con corazón que había supuesto una pequeña defensa en su hogar, un hogar compuesto de cuatro paredes

y un corazón que compensaban el resto de deficiencias, es horrible ver cómo te arrebatan a una persona que te había abierto su mundo, la rabia terminó por consumirme y terminé matándolos, uno a uno, ensañándome, vengándome. El último me observó con una mirada desquiciada y me increpó que los Sombras no matábamos humanos, le miré en silencio unos instantes en los que la estancia se llenó de la quietud que precede a la muerte, le espeté que los humanos tampoco debían matar a los suyos, me miró confundido al no entenderme, aquello me provocó más; después de estas palabras y tras ese momento de quietud mortal, le corté el cuello.

Jack

Me desperté gritando, tenía un paño húmedo que antes habría sido frío, pero que ahora estaba caliente, en la mano derecha sujetaba el medallón y con la izquierda me mantenía incorporado. No me di cuenta de que tenía el medallón hasta que apreté la mano con tanta fuerza que me hice sangre y una pequeña perforación en la mano. Liz que había escuchado el grito vino a ver qué ocurría, al verme despierto se deshizo en lágrimas, intenté levantarme e ir hacia ella, pero me mareaba y opté por quedarme sentado en el suelo.

— ¿Cuándo dejarás de ser un imbécil con instintos suicidas? - Me increpaba mientras me daba un puñetazo por cada palabra que salía de sus labios.

— Cuando tengamos un lugar en el que pueda ser un simple imbécil sin instintos suicidas. O con ellos pero sin las consecuencias que hay aquí.

Me levanté despacio y, con la mano pegada a la pared avancé hasta la marca donde tenía que introducir el emblema. Una vez lo puse hubo un leve temblor que hizo que el dragón alzara la cabeza para ver la procedencia del ruido. Se deslizó la pared en un chirrido tremendamente agudo y lento, ante nosotros teníamos el códice y el mapa de todo el continente.

Capítulo 12

Capítulo IX: Camino de los bosques.

Jack

Cuando vimos que la compuerta se abrió, nos lanzamos directamente al interior sin pensarlo dos veces. Os daré una pequeña descripción, era un cubículo no más grande de dos metros cuyo interior ocupaba mayormente una gran mesa, encima de ella estaba lo que buscábamos, el mapa del continente, nuestro método para huir de la tierra que antaño era nuestro hogar, pero que ahora es una tierra muerta. Tomamos el mapa y nos fuimos a la entrada acompañados de Tempestad, bajamos por la escalinata cincelada y llegamos al Lago de Hielo, un latigazo de nostalgia me invadió y observé detenidamente aquel lugar como si fuera la última vez que lo viera, os contaré algo, no lo fue.

— ¿Añorarás algo de lo que hemos pasado aquí? -Pregunté haciendo un gesto con las manos como si quisiera abarcarlo todo.

— De lo que sucedió desde hace unos días, no. Pero si echaré de menos todo lo que viví en la villa.

Nos miramos por un momento y silbé mientras apartaba la mirada, el dragón se arrodilló para facilitarnos el subir a su grupa.

— Liz, serás la encargada de decirme en qué dirección tenemos que volar, y agárralo fuerte, no queremos ni debemos perderlo.

La única respuesta que tuve fue una mirada burlona, que reconfortante es marcharse de un lugar con la única compañía de alguien que tiene poca fe en ti, y de un ser que te conoce mejor que tú mismo, que buena compañía para quién no tienes ningún otro plan que buscar la supervivencia. Sin más palabras, nos montamos en Tempestad y volamos, aparentemente en dirección al Reino oculto de las espesuras.

Avha

Pasaron otros dos días hasta que terminé de recoger suministros y objetos útiles y enterré al hombre que vivía allí, mi camino era ir al Bastión, pero tenía que ir con cuidado porque pasaba cerca de la Fortaleza y por tanto de Shaas; el camino era por las espesuras, me vendría bien para ampliar mi bestiario, irónicamente sí, estaba desarrollando un bestiario de todas

las criaturas que había cazado hasta ahora, sus puntos débiles y sus rutinas. La ruta sería agotadora y larga así que partí al alba del tercer día, el puerto no estaba lejos de la entrada a los bosques así que no tardé demasiado en llegar a la altura de la Fortaleza, sobre la media tarde podía distinguir la silueta a lo lejos. Ya no hacía saltos de sombra, porque estaba cansado y de hacerlo era posible que me desvaneciera, y porque dejaba energía residual con cada uno de ellos que podían utilizarse para rastrear y seguirme.

Cayó la noche y llegué a las inmediaciones de la selva, decidí pasar la noche en la copa de uno de los árboles que medían sobre tres metros o así, en parte por evitar ser visto y en parte porque no me quería matar por la caída. Obviamente no iba a encender un fuego, y así pasé la noche, entre el frío, el inextinguible y molesto ruido de los insectos y el temor por ser atacado o descubierto.

Amaneció conmigo intentando conciliar el sueño pues no había podido dormir nada en la noche y pasé ese día muy irritable. Cada ruido que escuchaba me molestaba, mis propias pisadas me molestaban, mi respiración agitada me molestaba, el sonido de un arco al tensar también me molestaba... paré porque eso no era culpa mía. Me giré, vi un humano, ya me daba igual, esperé alguna reacción por su parte. Empezó a destensar el arco, desinteresado ya por mí, empezó a girar sobre sí mismo y a buscar algo por los alrededores, en el suelo, en las ramas, con gran insistencia.

— Si puedes hablar, ¿no habrás visto ninguna criatura con cuernos largos y de ojos rasgados? - Preguntó sin grandes esperanzas. - Por supuesto que no, si no ya estaría muerto. - Enarcó una ceja de su pálido rostro. - Soy Ukwe. Un placer, si te importa, claro.

— Sman, Avha nembo, rysnem mos wesr furio. (Hola, me llamo Avha, no he visto ninguna criatura como la que describes) -. La voz me salía oxidada, estaba cansado, no tenía suministros y aún me quedaba trecho que recorrer, cuánto antes terminara esto mejor. Tenía que aprender algo de humano, pues aunque lo entendía, era incapaz de hablar en su idioma, y me serviría para expresarme en momentos de necesidad.

Los ojos del humano demostraban desconcierto, en ese momento pensé que a lo mejor no sabía lo que dije. De todas formas, hice unos gestos para que se quedara con algo de lo que dije, después de esta gran conversación mímica intentó arrastrarme a una aldea o algo así. Obviamente no me dejé llevar, durante un trayecto hice que le seguía, debió sospechar algo porque se giró repentinamente. Hizo un gesto con la mano para indicar que quedaba poco, cuando se giró aproveché para desvanecerme. No quiero que se me entienda mal, no despreciaba la ayuda que intentaba ofrecermelo, sólo no quería que pasara lo mismo que con el hombre del puerto. Aparecí en un pantano, había una gran

extensión era barro y fango, y un pitido constante que indicaban la presencia de mosquitos.

**

**

Entonces oí una gran masa moverse detrás de mí, cuando ya podía ver el final desértico de las espesuras. Y me acordé lo que se ocultaba en esa extensión de lodazal, nos advirtieron mucho sobre aquel lugar. En la academia nos enseñaron que estaba entre el Bastión, el Mar central, Las Espesuras y el desierto de Noira, el único consuelo que tenía en ese momento es que estaba cerca del Bastión y que si me daba prisa a lo mejor llegaba a suelo seguro. Pero como todo en la vida, según pensé positivo, la realidad cayó encima de mí como un mazazo, y pensándolo bien, no sólo la realidad.

Jack

Llegamos a la salida de Gea: Dos Colmillos, dos picos truncados que limitaban la entrada y salida a un estrecho camino que se tapaba con un portón, remachado con hierro y madera, tallado en roca. Más allá del portón se podía ver la gran extensión del azul que, con el sol en caída hacia la noche, era una extensión de rojo y naranja, lo amé y lo disfruté como nunca hice, era hermoso, era natural y era puro, los destellos que la luz arrancaba al agua, el vaivén de las olas perdidas en el mar, el olor a sal... una sonrisa surcó mi rostro, una sonrisa melancólica y añorante, una sonrisa que marcaba un nuevo comienzo sin haber olvidado el pasado. Descansamos en una pequeña extensión de tierra firme que se mantenía a flote cerca de la tierra pues el agua subía y bajaba rítmicamente, y poco a poco iba subiendo hasta sumergir la costa. Cuando Liz "desmontó", se le habían dormido las piernas y por poco se tragó el suelo, aunque consiguió evitarlo gracias a Tempestad que estaba estirando las alas después del trayecto. Yo bajé, en cambio, con las piernas un poco entumecidas y sin apenas notar mi espalda porque habíamos hecho un trayecto mucho más largo de lo usual.

— Señorita estilo, si ya se ha recuperado de su traspié, ¿me podría informar de cuanto queda para llegar a las espesuras?

— Lo mismo que lo que queda para que te den.

— Y yo que pensaba que las damas estaban más relacionadas con las leyes cortesanas acerca del comportamiento que sus congéneres los hombres – Hice una pausa dramática para hacer hincapié en el contraste de la información-. ¡Dioses! ¡Esta información puede valer su peso en oro!

¡He de cumplir mi misión para con la sociedad y propagar mis conocimientos!

— Inténtalo y serías asesinado en menos de un mes, no podemos permitir que nuestros secretos se divulguen por un cabeza de chorlito con aires dramáticos -Ahora ella alzó la cabeza terriblemente preocupada-. Dioses, eso sería una catástrofe para el modelo de sociedad que seguimos- Dijo sacudiendo la cabeza; todo rastro de diversión se le borró de la cara y después, seria, empezó a informarme a pesar de que yo aún tenía una media sonrisa en el rostro tras nuestro pequeño intercambio de palabras.
- Más o menos quedan unas treinta leguas.

— Entonces unas tres jornadas de vuelo, desde luego te encantará, y a mi espalda también - Dije levantando las manos sin entusiasmo.

Mientras hacía ese gesto Tempestad gorjeó y giró la cabeza para darme suavemente con el morro.

- Ya sé que a ti te gusta, pero nosotros no estamos tan acostumbrados como tú, no tenemos alas ni un cuerpo tan resistente. - Me quejé sin ganas, desvié la mirada y di un repaso a la zona donde acamparíamos -. Liz, elige un lugar para dormir porque esta noche acampamos aquí. Yo hago la primera guardia.

Capítulo 13

Capítulo X: Tal vez hacia Lantern

Jack

Vayamos por partes, hice mi guardia, y cuando la Luna paró de ascender desperté a Liz para que me sustituyera; ella, por su parte, hizo parte de su turno, según parece el sonido de las olas le causó un sopor inexplicable y se durmió. Pero ese no es el problema, el problema era que nuestro trozo de tierra se movía por el agua. Porque claro, con la suerte que reuníamos entre los dos lo raro era haber sobrevivido aquella noche; el caso es que nos encontrábamos encima de una tortuga marina considerablemente enorme, que, por lo que pude deducir no necesitaba aire para sobrevivir; lo único bueno que le encuentro es que por lo menos no nos ahogaríamos cuando la tortuga quiera respirar. No nos podíamos ir volando montados en Tempestad, porque se tenía que impulsar y estábamos por lo menos a milla y media de la costa donde estuvimos la noche anterior, en otras palabras, un error en aquella profundidad podía significar que descubriríamos de mala manera lo que había bajo aquellas aguas celestes; al final decidimos que sería mejor esperar a acercarnos a otra costa o a algún islote porque suponíamos que habría alguna disminución de profundidad.

Pasaron otras dos horas en las que hablamos, discutimos y temimos, no tomábamos nada por miedo a pasar en aquellas aguas más de lo necesario, pero todo ello se desvaneció cuando vimos una gran isla en medio del mar, era ahora o nunca, no teníamos casi provisiones y la perspectiva de pasar más tiempo del necesario en el mar no agradaba a ninguno. Sin pensarlo dos veces nos montamos en el dragón y este se impulsó haciendo que la tortuga se perdiera en las profundidades del mar. Tardamos muy poco en llegar a tierra firme, y lo que vimos nos dejó sorprendidos; habíamos aterrizado en un risco pensando que aquello sería terreno silvestre, una zona deshabitada donde deberíamos buscar cualquier fuente de suministros antes de marcharnos, pero no era nada de eso, había una pequeña ciudad. Había un faro orientado al oeste, muchas casas de distintos tamaños pero siempre en escalera disminuyente, un mercado y unos cuantos templos desperdigados por doquier. Nos volvimos a montar y volamos hasta un bosquecillo de las afueras intentando no llamar la atención. Ordené a Tempestad que se quedara allí por si nos teníamos que marchar a toda prisa.

Le pregunté a Liz si esta ciudad aparecía en el mapa, y me contestó que no; intentamos hacer que llegáramos de una travesía por mar, porque no sabíamos cómo reaccionarían ante nosotros, gente que había llegado

montados en una criatura. Nos recibió un hombre entrecano, con barba también canosa y medio calvo, de estatura baja y mirada bondadosa, al parecer era el gobernante de aquel lugar. Nos trató como si fuéramos hijos suyos; al parecer éramos la primera visita que llegaba en mucho, demasiado, cabría decir dado lo desesperado de sus ojos, tiempo, nos preguntó por nuestra embarcación, me adelanté y conté una mentira muy plausible: nos atacó algo durante el viaje que por poco se cargó nuestra barca y que arrastró todas nuestras provisiones, lógico y coherente, lo único que nos faltaba era que ahora nos ignoraran por temor. El anciano nos miró sorprendido y nos contó que casi nadie había sobrevivido a la criatura que acechaba en las profundidades del mar. A partir de ahí nos indicó la distribución de la isla, el lugar del mercado y de la plaza, nos informó de dónde estaba la posada y donde podríamos comer; y nos separamos, nos dirigimos para comprar suministros y, tras comprar lo que necesitábamos, me marché a mirar en la herrería. En total compramos unos odres pequeños y mucha carne curada, unas manzanas y peras y unos zurrones y mochilas donde llevarlo todo; y en la herrería vimos una cota de malla para los dos, nos las tenían que hacer a medida, así que lo tendrían listo por la mañana, vi unas dagas con forma de garra, que me servirían, y un puñal recto, para que Liz no fuera sin protección alguna.

A finales de la tarde fuimos a la plaza para ver si nos podían ayudar a localizarnos en el mapa, y nos encontramos al mismo anciano de la mañana que según parece no tenía más deber que el de dar vueltas a la isla asistiendo a quién necesitara ayuda, nos indicó que la isla estaba en el medio del mar, rodeado de escollos y algunos islotes de menor tamaño. Tras ello, nos sugirió un pequeño hostel para pasar la noche, diferente del que nos dijo esa mañana, intentamos declinarlo educadamente, pero insistió dando como razón una celebración por los primeros extranjeros que venían en mucho tiempo. Dejé que Liz fuera a la taberna para realizar cualquier trámite necesario; como dato, Liz sería una chica normal pero como comerciante es tan dura como el acero. Intenté escabullirme discretamente al bosquecillo del risco, y vi que Tempestad estaba echado en la hierba, alerta. Se erizó un poco cuando vio el movimiento, estuve quieto para que no se alarmara, pasaron unos instantes y cuando reconoció mi olor puso su cabeza en el césped mientras me miraba, aunque solo pude pasar con él lo necesario para no levantar sospechas, le di de comer y le di vía libre para cazar unas piezas por la noche, y, sobre todo, que se quedara lejos del pueblo por nada en el mundo iba a permitir que nadie le hiciera daño a mi dragón.

Cuando volví a la ciudad pude ver a unos hombres colocando decoraciones entre las casas y poniendo algunos ramos por las puertas, sonreí para mí, debíamos ser realmente importantes para que nos celebraran así, ingenuo y egocéntrico, esos son los dos mejores adjetivos para describirme en aquella época, pero seamos sinceros, todos pensamos que la vida gira alrededor de nosotros y no al revés. Llegué a la taberna, había unas diez mesas redondas con cuatro sillas para cada una, la barra era lo

suficientemente larga para otras diez personas, en un lateral había unas escaleras que subían a las habitaciones, busqué al propietario y encontré a una dama en la cocina, le pregunté por el dueño del local y me dijo que era ella, me pilló de improviso, pero no me sorprendió, le dije que tenía una amiga que había estado hablando con ella sobre unas habitaciones. Me miró y me dio mi llave, en voz baja me dijo que me anduviera con cuidado en aquella noche, nos podrían liar para quedarnos. Creo que fue cuando vio mi expresión que se dio cuenta que nada me apetecería más que estar allí.

— Dime una cosa, ¿cómo habéis llegado aquí? No me mientas, sé que no fue en barca, estaremos incomunicados, pero no somos imbéciles, al menos yo no.

— Si te contara la verdad, ¿cómo sé que no la utilizaras contra nosotros? Hemos pasado por demasiado para caer ahora. De todas formas, si ella se quiere quedar será mejor, a mí me mueve algo peor que una búsqueda -. Mis ojos ardían de ira contenida y de temor por la advertencia.

Sin decir más, cogí la llave y me encerré en mi habitación, tras un pequeño momento para buscarla. Dejé mi arco encima de una mesilla alargada y baja y el carcaj a los pies, pensé en si podría cambiarle la cuerda o hacerle alguna modificación, pero negué la idea yo mismo, mi cuchillo de caza lo dejé en el interior del arco, entre la cuerda y la madera; tomé un momento para tranquilizarme y me di cuenta de que necesitábamos comprar ropa, íbamos con lo puesto y nada más. Tomé mi pequeño monedero, que llevaba escondido siempre en mi bota, que ya estaba a casi vacío y me encaminé a la calle.

Fui otra vez al mercado de la plaza y miré entre los puestos, me compré dos mudas pero cuando empecé a mirar para Elizabeth no supe que comprarle, y decidí que sería mejor comentárselo en la cena. Deambulé por las calles haciendome un mapa mental de la zona, en otro risco alto se podía ver el faro que distinguimos al llegar, cuyas luces se encendieron al atardecer; lo vivido en el mar me hizo rehusar de bañarme en la cristalinas costas, además, lo que nos contó el anciano tampoco es que fuera un mensaje especialmente alentador. Volví a la posada esperando encontrarme con Liz, mientras la esperaba tomé un estofado que el servicio había preparado para aquella noche. Habiendo terminado, volví a mirar a mi alrededor esperando encontrar a Liz, no estaba había pasado bastante tiempo, estaba oscuro, no confiaba en aquella tierra; me lancé a las calles para buscarla, (seguro que os parece todo muy heroico, ¿verdad? Os diré algo, no lo fue; Aler, no te rías) me la encontré en el edificio central, ayuntamiento, si lo prefieres, hablando con una señora que calló cuando me acerqué a unirme a la conversación.

— Hola, me habías preocupado, no sabía dónde estabas -. Dije refiriéndome a Liz, alcé las cejas de manera sutil pero cargada de

intención para que me entendiese -. Me llamo Jack, un placer conocerla. - Dije dirigiéndome a la señora.

— Buenas, me llamo Nuria, un placer. Espero veros de nuevo durante vuestra estancia - Empezaba a marcharse, así que hice un gesto de despedida con la mano y me sentí estúpido por hacerlo dado que la señora ni se había girado a mirarnos.

— Bueno, tienes que comprar unas mudas de ropa, iba a comprártelas yo, pero no sabía si te iban a gustar y tampoco entiendo de ropa femenina... ¿Quieres ir a la posada para cenar algo, y de paso nos ponemos al día? – Intenté cambiar de tema al ver que Liz iba a empezar a picarme y lo hizo mientras volvíamos.

— ¿Sabes? Lo que realmente me preocuparía sería que entendieras de ropa "femenina", eso significa que no sería la primera mujer con la que pasas tiempo, y me dolería en mi orgullo, ¿sabes? Además de que me haría dudar de tu criterio.

— Por los dioses Liz, no continúes o puede que me tire al mar para no seguir con esta conversación.

Y así fue como echamos a andar camino de la posada mientras charlábamos tranquilamente habiendo cambiado de tema. Cuando fuimos al mercado de la plaza para ver que fiestas habían organizado, vimos que eran unos juegos de toda la vida mezclados con un concurso de chistes, no era gran cosa pero lo habían preparado para nosotros, nos quedamos viéndolos mientras pasábamos por los puestos para comprar las cosas que pudiéramos necesitar. Jugamos en algunos puestos que habían preparado, bastante clásicos, la verdad; destacamos en dos, coger manzanas de un barril lleno de agua, quiero dejar claro que Liz prácticamente me arrastró hasta allí; y un puesto de abatir objetivos, se utilizaban punzones sin filo, y se lanzaban con la mano, pero de todas formas me recordó a las prácticas de la Logia. Diversión y comida, fue una noche fugaz, dulce y luminosa, que como bien se tiene entendido fue como la calma antes de la tormenta. Fue una gran noche sin percances, no cómo el día que le sucedió, empezaba a cansarme que tras un momento de paz, al día siguiente todo cayera en picado.

Capítulo 14

Interludio: Cosas que pasan

— Imagino que estaréis esperando que siga contando la historia, ¿no? - Aler me miró con cara de pocos amigos, me reí un poco desde hace mucho tiempo- Cómo mi escriba parece querer matarme aunque sabe que no debería y desde hace poco que no puede - lo miré desde mi fachada tranquila con unos ojos ardientes-, ¿qué me recomendáis hacer, queridos niños? - Pregunté mientras hacía una pequeña mueca burlona haciendo desaparecer el fuego de mis ojos.

— Cuéntanos la historia solo a nosotros.

— Destripa el final.

— ¿Qué pasó con el dragón?

— ¿Cómo se llama la tabernera?

— Veréis mis queridos oyentes, del dragón hablaremos próximamente, demasiado pronto, lamentablemente -. Recuerdos, olor a fuego y a azufre, rojo y negro sacudiendo mi mente como un tornado; y vuelta a la tranquilidad-, y sobre la posadera... Dejémoslo en que se llamaba Ari y que no tenía..., como decirlo, un carácter amable, precisamente. - Hice una pequeña pausa para dirigirme a mi cronista. - Verás Aler, aunque seas noble no lo puedes tener todo. Sé que no te educaron así, pero no lo puedes tener todo por mucho que lo desees, además que debes de comprender que todo mi pasado es como quitar una cicatriz a una herida gigante. Y que por si fuera poco soy un cabrón de manual

— Ya me estoy dando cuenta -. Contestó priorizando, como siempre los insultos a mi persona-. Pero lo que relatas a pesar de ser doloroso no llega a ser cruel, teníais un nuevo lugar seguro, os querían allí, ¿por qué no cesaste en tus intentos de venganza y empezaste una nueva vida?

— Aler, si yo te arrancara de tu vida en palacio, destruyera toda la política que has conocido, matara a todos con los que tenías relación y te obligara a vivir con ello, ¿tú cesarías en tu búsqueda de venganza? - Pregunté, con acero en la voz y tántalo en los ojos, el fuego lamía mi voz y el hielo acariciaba mis emociones -. Considera que te destrozo mental y emocionalmente, pero te dejo lo suficientemente cuerdo y sano físicamente para que me puedas perseguir y yo pueda divertirme con tu sufrimiento interno. Considera que consigues alcanzarme. Y ahora, considera cómo reaccionarías -. El fuego y el hielo se habían unido en mi

voz y en mis ojos, el acero había desaparecido, ahora había plata líquida: triste y gris.

Los niños se asustaron por lo que estaba diciendo y por la forma en que lo decía, habían visto sólo la lengua de la serpiente y sabían que era mejor que esa serpiente siguiera como hasta ahora, dormida. Sólo con eso eran más sabios que Aler, algunos de ellos lloraron silenciosamente y otros dejaron escapar hipidos y leves gritos mientras hablaba. Pero cuando me calmé, borraron todo lo que había pasado y trajeron de vuelta lo realmente importante para ellos: el saber que Aler era noble y empezaron a acribillarle a preguntas: que si la corte es tan chula como se cuenta, sobre los poderes que pudiera tener... y ese tipo de cosas. Preguntas absurdas y sólo lógicas en la mente de un niño. Mientras Aler se amedrentaba por esa serie de preguntas, y se recuperaba de la breve "charla" que habíamos tenido, yo aproveché para hacerle una seña al camarero para que me trajera algo de comer, morder algo me relajaría.

Me trajeron un estofado que me recordó precisamente al pasaje de mi vida que les estaba contando en ese momento, carne gris y triste envuelta en una cama de rojo y naranja como el mar con el sol al caer, cayendo a una noche que traería más problemas aún. El caso es que aproveché para comer antes de volver a contar una historia que la mayoría juzgaría como fantástica. Pasaron cinco minutos, luego diez, hasta los veinte minutos no terminaron de hablar, y aunque ya había terminado de comer y participaba en la conversación seguía perdido en mis pensamientos; cuando se cansaron de preguntar a Aler, pasaron a preguntarme a mí sobre cosas superfluas: que como lo conocí, que si era majo, sobre cómo era antes... y preguntas por el estilo, benditos niños, aún no sabían que las personas cambian, y no siempre a mejor. A sus preguntas les respondí con respuestas cortas y concisas, porque tenía el temor que me diera otra noche sin que hubiera avanzado lo suficiente.

— Bueno niños, ¿queréis seguir escuchando? - la pregunta recibió una intensa ola de asentimientos. - Pues entonces sigamos donde lo habíamos dejado.

Capítulo 15

Capítulo XI: Una ciudad demasiado apacible

Jack

Amanecimos en la posada, en un día calmado de cielos grises y negros que avisaban de una tormenta. Cada uno salió de su habitación y nos preparamos para recoger las cosas que habíamos encargado el día anterior y para marcharnos con el objetivo de llegar a la foresta del sur. No fue hasta bien entrada la mañana que acabamos de recoger y preparar todo. Cerca del Ágora nos volvimos a encontrar a la señora de ayer, dejé que Liz se entretuviera hablando con ella y mientras me di una vuelta por los riscos. Mucho bosque y mucha playa hasta que llegué a uno interesante, hasta que llegué al risco que quedaba algo más abajo del faro, un risco que era sorprendentemente plano, casi artificial. En él vi marcas de arañazos y un pequeño puesto de vigilancia. Eran unas marcas similares a las que dejan los dragones blancos cuando se rascan las garras, pero eso era imposible, estaba en la dirección contraria a Gea, miraba al oeste. Intenté mirar más allá de la extensa mancha de azul, pero no podía ver nada, sólo un olor seco a polvo, lo que si distinguí era un risco más pequeño completamente plano, donde se erguía imponente el faro de piedra negra, a apenas unos cientos de metros de donde estaba. Antes de divagar más por la ciudad y sus alrededores, me acordé de Tempestad.

Volví al mercado, donde ya se habían ido Liz y la anciana, de paso compré cuatro libras y media de carne cruda con el pretexto de llevarlo a la posada, me dirigí al bosque donde dejamos al dragón; me lo encontré dormido encima de una gran piedra, dejé la carne a un lado y me acerqué a él; debió oler algo extraño en mí porque alzó la cabeza rápidamente seguido de un movimiento de cola para alejar a quién se acercara, no me dio tiempo a esquivarlo y me mandó directo contra un árbol. Me golpeé la espalda y sonó un crujido feo cuando intenté levantarme, como me dolía todo el cuerpo opté por quedarme tirado en el suelo gimiendo de dolor mientras me costaba hasta respirar, pero al no sentir un dolor lacerante mientras respiraba concluí que no me había partido ninguna costilla. Tempestad se acercó con cuidado y me olió, después de reconocerme me ayudó a levantarme, en otras palabras, me senté en su lomo mientras me recuperaba. Le señalé la comida y fue a devorarla. Tuvieron que pasar veinte minutos antes de que pudiera andar solo.

Tras recuperarme de ese incidente, dejé a Tempestad en el mismo lugar y me marché a visitar el faro. Volví a recorrer la urbe, me dirigí a la costa y me fui caminando por la playa hasta el faro, me quité las botas y me

guardé la bolsa de dinero en el cinto, la sensación de la arena húmeda bajo tus pies mientras caminas es de lo más agradable, así que paseé sin prisa, aún no era por la tarde profunda y sobraba tiempo para poder tener un rato de paz hasta que asomara tímidamente una Luna cada vez más vacía. Tras poco rato llegué a la base de la estructura que ascendía bastante en el cielo. No había ninguna choza cerca, así que me imaginé que o bien el que estuviera allí vivía dentro o vivía en el pueblo. Subí unos cien peldaños en circular, para cuando llegué arriba ya estaba bastante mareado. Imaginaos mi sorpresa cuando llegué al fuego y vi que no había nadie, bueno, pues me tocó marearme otra vez a la vuelta. Volví paseando, sin prisa, con el frescor de la arena húmeda subiendo de mis pies, mientras avanzaba hasta el pueblo, cuando empezó de nuevo el terreno escarpado, me puse las botas con su respectiva bolsa de dinero y caminé hasta el pueblo, donde me dediqué a preguntar a la gente acerca del faro, para sólo encontrar silencio o frases que no decían nada.

Ya era medio día y volví a la taberna, ya no me preocupaba por Liz porque llevaba un puñal con ella. Mi última baza era intentar una conversación con la posadera para que me contara acerca del faro. Como podréis imaginar no fue muy fácil que dejara de insultarme e inquirirme información, me pareció demasiado curiosa para ser tabernera, pero como no quería reavivar su serie de insultos y preguntas me callé; para cuando me permitió hablar y le pregunté sobre el faro se quedó callada como un sepulcro. Me mandó de vuelta al salón y me dijo que si volvía a preguntar sobre eso me las tendría que apañar para dormir en algún otro lugar, aunque su preferencia era que lo hiciera en el bosque. Sinceramente, prefería esa posada a seguir durmiendo a la intemperie.

El resto del día lo pasé estudiando el mapa, por lo que se podía distinguir, había un desierto no muy lejos de la costa oeste de Lantern, las espesuras estaban varias leguas más al sur y al norte teníamos numerosas montañas donde estaban los reinos de Aeron. Lo mejor y lo más rápido sería viajar al oeste, nos quedaba poca distancia para llegar al desierto desde aquella isla, y desde el cercano oeste se llegaba pronto al sur. El plan era viajar al oeste, abastecernos y viajar al sur, donde podría dejar a Liz e ir en busca de mi venganza.

Sinceramente, no sé qué le veía a esa zona, pero mi instinto me decía que era lo mejor, y, como cazador he aprendido a seguirlo fielmente. Posiblemente pensé en su peculiar parecido con Gea, perdido en unas tierras algo inhóspitas. Era ya de noche, bajé al salón principal a tomar la cena, todo fue normal hasta que, al terminar, la tabernera me hizo un gesto para que me acercara. Se acercó mucho a mí, acercó su boca y su cara, y me susurró al oído:

— ¿Te gustaría saber la historia de este pueblo fantasma? ¿Te gustaría saber cosas que la mayoría ignoran? Si es así sólo dame tu nombre, y yo te ofreceré el mío. – Sonaba como la típica estafadora que ofrecía algún

brebaje de vida eterna en la plaza del pueblo, pero había algo en su tono, era convincente y sonaba segura de sí misma, y me permití confiar en ella; al menos esa vez.

Avha

No sé cuánto estuve inconsciente, pero me imagino que lo suficiente para tener absolutamente todo el cuerpo recubierto de picaduras de insectos varios. Me puse en pie con gran dificultad e intenté hacer memoria, me acuerdo de atravesar un gran pantano y que algo me golpeó por detrás. Me giré bruscamente sobre mí mismo, estaba en suelo firme, se olía el polvo y los ojos se escocían, no sé como pero logré llegar a las dunas. El lodazal estaba a una distancia considerable, no había nadie cerca y dudo que lo que fuera que me había atacado me hubiera dejado ahí sin ningún motivo, pero no podía permitirme dudar, debía seguir mi camino hasta el bastión y refugiarme en el desierto después de eso, para poder continuar y llegar Noira y cumplir con mi misión.

Capítulo 16

Capítulo XII: La ciudad de las olas falsas

Jack

Me quedé mirando fijamente a la tabernera, ¿para qué quería mi nombre, y por qué querría yo saber el suyo? De todas formas, me tenía agarrado por el brazo, no podría marcharme sin montar un espectáculo o sin decirle lo que quería saber.

— De acuerdo, te lo contaré, pero en un ambiente más personal -. Dije señalando la escalera que llevaba a las habitaciones.

Sin necesidad de hablar más, nos dirigimos a las habitaciones del piso superior y entramos a la mía.

— Bueno, ya estamos aquí, ahora dime lo que quiero saber.

— Me llamo Jack. Ya tienes lo que querías, ahora dime el tuyo y cuéntame todo lo que parece saber sobre esta ciudad.

— Tampoco te apresures. Me llamo Ari, y gracias por decirme tu nombre, pero me habría gustado escuchar tu verdadero nombre aunque supongo que eso también te estará vetado, o puede que aún no te conozcas lo suficiente como para saberlo, pero eso ahora no importa, al menos no a ti, no aquí y no ahora. Creo que te interesará saber que esta ciudad está maldita, que es una ciudad fantasma, solo vosotros dos y yo somos reales. No te confundas, no son los fantasmas de los cuentos, estas no son almas en pena que buscan venganza o paz para desvanecerse, estas son almas que quedaron ligadas a esta isla debido a una catástrofe tan cruel que ni tú ni yo, ni nadie que no tenga una mente retorcida como las cuerdas de un barco pueda imaginar. Llegué a este sitio por una confusión del capitán del barco en que viajaba; mientras íbamos a la deriva mientras buscábamos tierra firme, una gran criatura blanca hundió el navío y naufragué aquí. Al principio lo vi todo como vosotros, una ciudad escondida que no aparecía en ningún mapa, pero conforme avanzaban los días el comportamiento de las gentes se me antojaron extrañas, todos los días veía a una anciana en la plaza y conversaba con ella. Imagino que es un espíritu que, al contrario que el resto, trata de salvar a los que acaban aquí, pues ella me contó sobre la verdadera historia de esta ciudad. Tenéis suerte de haber llegado en la decreciente y no en la nueva, pero no tanta para salvaros por completo, mañana es la luna nueva y con ella la marea se traga por completo esta isla. No es natural, ni es magia, es sólo que la isla dejó de existir cuando la gente murió, cuando todo el ápice de

vida desapareció, erradicado. Os recomiendo salir de aquí antes del anochecer de mañana. -Me miró a los ojos y vio mi confusión. - Si no me crees, allá tú, yo por lo menos me habré librado de cualquier cargo en mi conciencia tras avisaros. Puede que tú tengas dudas, pero el tiempo no. Y no estás solo, piensa en tu amiga -. Dicho eso se marchó y me dejó a solas con mis alocados pensamientos.

Transcurrieron las horas y cada vez estaba más convencido de la veracidad de la historia de Ari. Esperé a que llegara Liz para terminar de recoger nuestros enseres para irnos y aprovechar la noche. Transcurrieron más horas y empezaba a jugar con mis cuchillos y mi arco, por fin era capaz de acertar todos los lanzamientos de cuchillos, mis compañeros de la Logia siempre se burlaban de mí por eso; la Logia, echaba de menos aquel grupo, pero no podía volver atrás en el tiempo para solucionar nada, pero ese deseo que sabía irracional no me abandonaba, si tan solo... Pero no, ya habían desaparecido y no podía hacer nada para evitarlo. Salí a pasear con la esperanza de encontrarme a Liz, no fue así, en cambio terminé llegando al faro, de nuevo; algo me atraía hacia aquella estructura, era hipnótica, alguien había encendido el fuego y la luz giraba dando un punto de referencia en la noche para todos que estaban perdidos; barcos, dragones, personas como lo éramos nosotros. Dejé mis botas cerca de la costa y paseé por la arena para volver a sentir lo de la primera vez, ahora parecía que caminara sobre tierra fresca, no era desagradable, pero me traía malos recuerdos. Me volví a poner mis botas y volví a la taberna, le pregunté a Ari si había visto a Liz, me contestó que no. Eso fue motivo suficiente para que terminara de perder los nervios, salí corriendo a la ciudad otra vez, no bromeo cuando digo que pensé en ponerle algo para poderla encontrar más fácilmente, puede que un pequeño fuego o algún compartimento que fuera tirando piedritas, estaba de los nervios, no pensaba volver a separarnos. Llegué a Tempestad, no estaba allí tampoco, ya no me importaba la discreción, le di a oler una chaqueta de Liz y le pedí que la buscara. Llegamos otra vez al faro, por primera vez distinguí una choza al fondo, en las proximidades de un bosquecillo. La encontramos allí, hablando con la anciana de los otros días. Cuando me vio con Tempestad pareció entender y se acercó para montarse conmigo, la señora, en cambio me habló por primera vez.

— ¿Ya has hablado con Ari? - Al ver mi respuesta afirmativa me miró con pesar. - ¿Qué precio te ha pedido a ti, joven?

— Solo me pidió mi nombre, algo que gustoso daría a casi cualquiera. - Al oír mi respuesta afirmativa me miró con algo parecido al luto. - Lamentablemente he de irme antes de que ocurra lo que Ari ha predicho.

— ¿Qué? Ah, sí. Vete antes de que ocurra -. Me miraba distraída y murmuró una última frase que me marcó levemente y me dejó con la duda, una duda que me acompañaría hasta mi vuelta -. Siempre tan jóvenes... tan inocentes y curiosos. ¿Dónde estará mi pequeño? Y pensar

que el faro sigue sin él... -. Continuaba murmurando mientras yo le daba vueltas a lo primero que dijo.

Tempestad empezó a dar la vuelta y nos llevó al centro del pueblo; le mandé a que volviera al claro y que calentara para volar; acompañé a Liz hasta su habitación para que recogiera todo, cuando ella entró en su habitación, yo me metí en la mía y me cargué mi macuto y guardé mis armas. Al salir, llamé a la puerta de mi compañera y entré, le metí prisa y la esperé en la entrada de la taberna. Pasó un poco de tiempo antes de que asomara la cabeza por la puerta, le hice una seña y nos dirigimos de vuelta al claro. Una vez allí cargamos todo lo que no pudiéramos llevar encima en las alforjas de Tempestad. Durante la noche alzamos el vuelo y partimos al oeste.

Avha

Era cerca de medianoche y las dunas eran inclementes, no eran los vientos gélidos del norte, no era el calor húmedo del sur, era la arena y el polvo que me secaba por dentro y que molestaba a los ojos. Tampoco era de ayuda que hubieran Spirituum lapsus; se acercaban, me tocaban e intentaban arrancarme partes del cuerpo, o solamente se quejaban por haber muerto, ya estaban muertos y tampoco es que pudiera acabar con ellos, siempre podía consumirlos pero veía como una pérdida de tiempo y energía consumirlos para convertirme en un fantasma errante. No pasó nada interesante durante aquella noche, o por lo menos que yo percibiera, caminé hasta que empecé a vislumbrar la muralla de Noira, el alba se alzaba tras de mí como una promesa de fuego, una promesa de seguir quemando aquella tierra hasta que solo quedaran las rocas y la arena. La ciudad no me recibió bien, era una ciudad mercante y usaban a los dragones cobrizos como bestias de carga, me dirigieron a una chabola para que residiera allí el tiempo que estuviera de paso. Al atardecer percibí un olor familiar, me puso en tensión toda la noche hasta que se alejó de mí.

Por la noche, ocurrió algo que nunca hubiera esperado: el dios creador de las personas se manifestó frente a mí. Me ofreció poder, algo que mi señor no me ofreció; sólo que su precio era distinto, ahora tenía un objetivo distinto... y ya no era un Sombra.

Jack

Tuvimos una rutina de vuelo normal, dentro de lo que cabe al huir de una ciudad fantasma y dirigirte a un pueblo que parece hundirse en olas de arena, un pueblo que, al contrario que el mar, amenazaba con tragarte y

olvidarte para que el único testigo sea el sol y la arena cobriza. Había varias plataformas de dragones, me extrañaba que hubiera alguna pues no pensaba que cualquier otro lugar utilizara dragones como compañía. A lo lejos vimos figuras que volaban, eran de color cobre, contrastaban con el cielo, pero no con el suelo. Nos dirigimos a la más apartada para evitar llamar la atención. Tempestad olió algo y nos arrastró hasta un pequeño pueblo cerca de la capital. Era casi de noche, nos habíamos pasado la mayor parte del día volando; buscamos refugio lejos de la capital y encontramos un pueblo abandonado, donde nos refugiamos para pasar la noche. Sin hacer guardias, sin inspeccionar la casa ni los alrededores; fue el mayor error que cometimos en la ciudad de las olas falsas, Noira. Y bueno, creo que es conveniente decir que a la mañana siguiente no nos encontramos con el panorama de la noche anterior.

Capítulo 17

Capítulo XIII: La foresta perdida y odio

Jack

Me desperté, era noche cerrada, notaba manos encima de mí, saqué el cuchillo despacio, con cuidado de no alertar a quien estaba apoyado. Empecé a incorporarme y se marchó; quién quiera que fuera el ser que había entrado en la casa con nosotros, se había marchado. Había insectos extraños a nuestro alrededor, eran pequeños, con unos agujones curvados, no sabía que podían hacer con aquellos agujones negros, los aplasté rápidamente. Pero esos seres negros seguían surgiendo del suelo, seguían amenazando con sofocarme entre sus cuerpos negros y sus agujones doblados. Seguían amenazando mi objetivo. Desperté a Liz y la avisé para que empezara a recoger las cosas, era mejor salir en la noche a viajar con un sol inclemente pegado a nuestras cabezas.

Lo teníamos todo recogido y guardado en las alforjas de Tempestad, comenzamos el vuelo hacia el sur, con la esperanza de poder llegar al fin a los pueblos del bosque. Empezaba a amanecer y podía distinguirse una densa niebla por la orilla del Mar Central, el sol amenazaba con salir para abrasar aún más las tierras a las que íbamos. Tempestad se posó cerca de la orilla para descansar, sólo un momento, claro está que la vida no admite pausas, y más aún la mía, escuchamos un fuerte aleteo detrás de nosotros y nos giramos lentamente, ante nosotros había un dragón enorme, del color del cobre, con espinas en la cola y en el cuello, en cambio su lomo estaba libre de peligros y llevaba una silla de montar. Poco después de haberse parado, bajó un hombre fornido y de poca estatura, de piel tostada y curtida por el sol, calvo y de ojos metálicos.

— ¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? - El desconocido habló primero.

— Somos viajeros, vamos de paso a las espesuras del sur. No buscamos problemas, sólo queremos llegar a nuestro destino.

— Una pena, viajeros. Yo os lo permitiría encantado, pero la situación está mal, nos han reportado casos de robo y asesinato. Como entenderéis, sois muy sospechosos, os voy a tener que llevar conmigo. He de cumplir con mi deber y si cooperáis vuestro procesamiento será rápido y sin problemas, pero no me obliguéis a hacerlo a malas.

— Puede registrarnos, no llevamos nada que no sea nuestro, y mi acero no ha conocido aún no ha conocido a nadie, os lo puede confirmar cualquier herrero. No nos retrase más, señor... - Vacilé un momento al no

saber su nombre. - Señor, hay un mal que debemos detener, y no podemos detenernos más de lo necesario.

— Wahari, realmente siento lástima por vosotros, pero es mi deber, aunque puedo facilitaros un juicio rápido si me dais pruebas. Mientras, tendréis que seguirme a Noira.

No pensamos mucho, sólo queríamos evitar cualquier problema, es por eso por lo que quiero que no me tengáis en cuenta lo que hice.

Cogí mi arco e hice un amago de entregárselo, antes de dárselo, lo cargué y disparé al suelo, entre él y yo, causando un segundo de conmoción que aprovechamos corriendo hacia Tempestad, que estaba preparado para volar, mientras nos montábamos le dije que nos tendría de vuelta pronto, que confiara en nosotros. Y después nos fuimos volando, él también se montó en su dragón, y empezó a seguirnos.

Viajábamos más rápido que antes, pues el peligro nos perseguía y la adrenalina impulsaba nuestros movimientos; por debajo de nosotros se distinguían distintos paisajes: un desierto abrasado, una tierra seca que aún conservaba plantas, un pequeño riachuelo que acompañaba a un bastión, el mar que entraba y creaba un lodazal extremadamente grande, una pequeña choza antes de entrar en la selva que tenía fuego...

Estábamos entrando en el bosque cuando nuestro perseguidor se dio por vencido, o se obligó a creer nuestra palabra y se fue de vuelta al desierto. Tempestad estaba cansado y bajó hasta un pequeño refugio entre cuatro árboles. Por nuestra parte, empezamos a recoger un poco de leña para hacer una fogata, estaba sofocado por la inmensa humedad que había y era muy difícil hacer algo de fuego. Se escuchaban pitidos y distintos ruidos a nuestro alrededor, un pitido se acercó y se posó en mi cuello, lo aplasté, había insectos chupasangre, los odiaba con toda mi alma. Mientras nuestra montura se recuperaba, nosotros empezamos a reconocer el terreno, estábamos a poca distancia del lodazal que habíamos visto antes. Para cuando volvimos al campamento, el sol estaba en lo alto y nos comimos algo en frío. Nos volvimos a preparar para volar aún más al sur, el mapa de la Logia indicaba que los pueblos estaban en el centro de la selva.

Nos montamos en el dragón, y alguien nos dio un grito pidiendo que parásemos y lo esperáramos. Era un joven alto, desgarbado y pálido, se acercó a nosotros con cuidado murmurando algo en voz baja. Estaba a unos veinte metros y nos gritó para hacerse oír.

— Soy Galian, ¿puedo acercarme sin peligro?

— Puedes acercarte, aunque te advierto que no tenemos nada para dar.

— No busco nada -. Dijo mientras se acercaba- De hecho, os quería hacer una oferta.

— No podemos cambiar nada -. Estaba entrando en el campamento mientras su rostro dibujaba una sonrisa.

— Oh, no quiero nada, sólo os ofrezco venir conmigo a los pueblos; estáis perdidos y no sabéis donde están ¿o no? Son pocos los viajeros que vienen y saben dónde estamos, sólo los que vienen por el este lo saben, aunque ya no vienen desde hace tiempo, hace dos ciclos... -Empezaba a divagar, aunque después se concentró otra vez en lo que nos estaba diciendo-. Bueno, ¿entonces aceptáis?

Avha

Estaba cada vez más cerca del norte, lo único que me separaba de mi objetivo era el río. Un anciano barquero cobraba por pasarme, no llevaba nada encima. Él no lo entendía, decía que todos tienen algo, la poca humanidad que había guardado la había perdido con los incidentes en Noira, había demasiados soldados y demasiados suministros que necesitaba, no era mi intención matar, pues no era mi misión ahora, pero estaba seguro de que no pasaría nada por las bajas que había habido. Sentía una pelota de odio crecer en mí, mis semejantes me repudiaban, los humanos me temían, todo era culpa de aquel humano, ese chico me había destrozado y a quién me tocaba romper ahora, realmente iba a disfrutar aquella misión, realmente me sentía dispuesto a arrancar de raíz a aquel muchacho para ver como todo en él se desvanecía: su calor, el color cambiante de sus ojos y piel, su destello vivaracho de los ojos... disfrutaría viendo como todo lo que indicaba vida en él se acababa gracias a mí. Sabía que me perseguía y que llevaba una acompañante, entendía todo lo que pensaba, sabía cuál iba a ser su próximo paso, y yo estaría preparado, esperándole, tendiéndole trampas para divertirme con él antes de matarle, puede que su dios me hubiera dado poder, pero no me podría poner al humano en bandeja de plata, así que lo prepararía todo para el festín que se avecinaba. El anciano seguía esperando a que le pagara para cruzar, y cuando le dije que no pasaría perdió su interés en mí; como era de noche, aproveché para bordear hacia el mar, allí el río era más ancho y bravo, había criaturas rondando por la superficie, y solo tuve que hacerme el despistado para que vinieran a atacarme, los kappa se me echaron encima, no fue difícil derrotarlos, y mucho menos consumirlos eran minúsculos y su alma era pequeña, diminuta, fácil de partir. Mis piernas se volvieron más fuertes, por lo menos para poder pasar a la otra orilla; según toqué tierra firme, volví a la normalidad, aunque ahora me costara más volver a transformarme en mí mismo. Aquella noche emprendí el

camino hacia el reino de Aeron, ya sólo tenía que esperar a mi objetivo; una luna llena, ese era el plazo para que todo terminara y nuestro sino se vería cumplido.

Era noche cerrada, las llamas de los portones alumbraban hasta dónde yo me encontraba; según sentía y veía, quedaban pocos soldados; me hice pasar por un viajero y me abrieron las puertas. Ahora sólo tenía que despejar el área.

Capítulo 18

Capítulo XIV: Una trampa y la soledad

Jack

Llegamos al poblado central guiados por Galian; se distinguían muchos caminos que llevaban a sitios recónditos, la curiosidad me picaba sobre a donde llevaba cada sendero, pero la precaución pudo más, al menos esta vez, pero no me disuadió de preguntar por ellos. Nos llevó de ruta por toda la villa, nos mostró la herrería, el templo de la druida, las casas, y la zona a la que nunca nos tendríamos que acercar, que casualmente era de donde habíamos venido; que era el lodazal. Todo aquello nos llevó poco más de medio día; después nos separamos, no estaba preocupado, al menos esta vez, ambos íbamos armados y habíamos quedado en frente del templete. En la herrería fue donde pasé más tiempo, busqué un funda de piel para mi arco, pues la mía se estaba desgastando por la corrosión de la sal del mar; había cuchillas con forma de hoja, finas, pequeñas y letales; terminé encargando dos hojas ocultas, algunos cuchillos arrojadizos y las cuchillas de hoja; sabía que en algún momento lo necesitaría. Pasaron más horas y ya había curioseado toda la zona de alrededor, había muchas criaturas, la mayoría solo eran curiosas y pícaras, se acercaban, jugaban un poco y se marchaban, aunque también había algunas que hacían trastadas y me estorbaban. El sol ya estaba a un cuarto de caída y me dirigí al templo de la druida.

Allí me encontré con Liz, quién, al parecer también hacia poco que se había encaminado a nuestro punto de reunión. Hablamos durante un rato, sobre lo que habíamos visto, sobre su gente, sobre cómo se parecía a Gea, sobre el calor húmedo y la increíble cantidad de insectos... En resumen, de temas no muy importantes. Era de noche, mientras hablábamos el sol se había puesto, buscamos un lugar donde dormir, y nos sortearon entre los pueblerinos, pues no había ninguna posada. Nos tocó pasar la noche en casa de Galian. Todos dormíamos, era ya noche cerrada cuando se escucharon ruidos cerca de la casa, me desperté y cogí mi arnés y mi capa, que estaban apoyados en una silla del comedor, me asomé a la puerta y vi como Galian salía hacia el pueblo, lo habría dejado pasar de no ser por su actitud errática, buscando que nadie le siguiera. Le seguí, ambos íbamos en dirección del templo, él despreocupado y yo cada vez con más dudas; llegamos. Él entró directamente y el fuego de dentro empezó a arder instantáneamente, me sobresalté pero no dejé que ningún sonido saliera de mi boca y esperé fuera un poco más. Entré, se podían distinguir dos siluetas, una de un hombre y otra de una mujer mayor, aunque no demasiado. Empezaron a hablar en susurros, lo llevó a

una tarima y empezaron con unos cánticos que reconocí.

Salí de mi escondite y me adentré más, me daba igual que me descubrieran, quería respuestas. Estaba en la mitad de la tarima cuando me vieron, me preguntaron que hacia allí y yo me mantuve en silencio, me acerqué más, estaba entrando en la zona iluminada por el fuego y al estar cara a cara con ellos me paré.

— Sé muy bien cuales son los cánticos que pronuncias y lo que significa, me crie con ellos, ahora explícame, ¿cómo los conoces tú? - Estaba confuso, no entendía por qué una druida cualquiera conocía los ritos que llevaba a cabo Madre en Gea; eran los cantos a la magia elemental por lo que los pude reconocer.

— No hace falta ponerse tan agresivo, soy druida sí, pero porque quise serlo; estos ritos los conozco porque me los enseñaron cuando era joven y la Torre aún se mantenía en pie, soy una de las últimas personas que conocen la magia elemental, aún quedan al menos otras tres personas, una era Shalein, otro era Aeron, sí, el rey también aprendió con nosotros; y el último es Fey. Shally conocía la tierra, Aeron el agua, y Fey el aire. Y tú llevas la marca de la tierra – Me observó con renovada curiosidad mientras intentaba que me calmara con sus palabras-. Me imagino que eres el hijo que Shalein esperaba, tus ojos también te delatan, pero eso es otra cosa. Sólo los conocedores de esta magia tienen el rasgo en los ojos, te lo explicaré todo, sólo ven conmigo. Galian, se buen discípulo y déjanos conversar, por favor. Fuera.

Nos metimos por una puerta que había debajo de la tarima, bajamos por unas escaleras de caracol excavadas en la tierra y llegamos a una casa subterránea, equipada con lo mínimo e imprescindible para vivir. Nos sentamos en unas sillas que parecían haber sido talladas directamente en la pared. Extraídas de la tierra y la roca

— Veamos, hace mucho tiempo que había una torre donde se enseñaba magia elemental, los últimos maestros eran los nuestros y alumnos éramos nosotros, éramos pocos, y ahora somos menos, los únicos que conocían la magia, la verdadera éramos nosotros y quienes nos enseñaron; yo soy druida porque controlo la naturaleza, controlo el alzamiento y la caída de todo lo que emerge de la tierra, yo controlo cuando se consumirán, yo soy el fuego que reinicia el proceso vital de la tierra. Pero eso no importa, deja que te explique lo que significa el rasgo, mírame a los ojos, ¿qué te parecen?

— Verdes, muy claros pero no llega a ser gris.

— Correcto, nuestros ojos muestran nuestro estado de ánimo mediante los colores, si me enfadara tendrían un color más oscuro y demás. Tú tienes unos ojos ámbar, son claros, limpios y brillantes, no muestran

nada, son una carta de presentación fría y formal; en cambio, esta tarde cuando estabas en frente de mi templo, hablabas con una joven y tus ojos eran como el caramelo, cálidos y dulces. Es cierto que los ojos de cada uno funcionan así, pero los nuestros son especiales, cambian de tono sin salir del color que les corresponden y son un portal que nos muestra la magia. Sin nuestros ojos, lo veríamos todo normal, vacío, inexplicable, pero como los tenemos podemos distinguir cosas distintas a las usuales. Mira hijo, no sé si has usado la magia o si todavía te es desconocida, sólo sé que muestras mucho poder, más del que mostraban tus padres. Yo estaría encantada de enseñarte más, pero me temo que el poder te consuma y te conviertas en algo peor que los Sombras y que llegues a amenazar el débil equilibrio que aún se mantiene. Nadie puede controlar a un muchacho desquiciado que puede incinerar toda una tierra y sepultarla bajo toneladas de roca, por eso no te puedo enseñar mi conocimiento de la naturaleza, por eso debes controlar tus emociones y sellarlas bajo un manto. Y si llegaras a canalizar todo tu poder... no quiero ni imaginarlo, hasta los Dioses temblarían. – Añadió al final para sí misma.

Pasamos el resto de la noche hablando de cosas del pasado y de cómo sería el futuro si nos quedáramos allí. Me dijo que estaríamos como en casa y que la gente nos recibiría con los brazos abiertos, me alivié, había encontrado nuestro prometido hogar. Liz ya no tendría que sufrir más por lo que pudiera pasar. Me despedí y salí de allí, volví a la casa de Galian para ser interrogado por él y, cuando amaneció, también por Liz. Lo preparaba todo para salir de allí y dirigirme al último sitio, donde podría huir de los recuerdos o donde podría acabar con el causante de aquello de encontrarse allí. Liz me vio y se acercó para preguntarme si nos íbamos a ir de nuevo, no le contesté y seguí recogiendo y guardando todo, ella me seguía y me preguntaba a cada poco. La preocupación teñía su voz y el miedo de quedarse sola al final atenazaba su corazón. Tempestad ya se estaba preparando para volar y yo ya lo tenía todo guardado.

— Eli -. Era la primera vez que la llamaba así y se quedó sorprendida porque sólo su hermano la llamaba así-. Eli, curioso que la primera vez que te llamo así vaya a ser la última que no veamos, ¿no? Quédate aquí y vive esta vida por los dos, ¿de acuerdo? - Estaba llorando por dentro y mis ojos amenazaban con hacerlo también. - Ambos sabemos que yo me muevo por algo peor que la búsqueda de un hogar; disfrútalo al máximo cómo si estuviéramos en Gea, como si este fuera el hogar que perdimos.

— Pero no estás tú, esto no es un hogar, sólo es un refugio. Esto no es Gea, no es como cuando estábamos los tres en La Luna Oscura.

— Es un refugio, sí, pero en peores situaciones nos hemos visto, y un refugio puede convertirse en un hogar. Alec estaría de acuerdo conmigo en esto, y si no nos volvemos a ver, resérvame un sitio allí, ya sabes que siempre está lleno. Te veré allí con Alec. - Ya no contenía las lágrimas y

me corrían silenciosamente por las mejillas.

No aguantaba más, sabía que si me quedaba allí, aunque fuera un minuto más, no me iría. Me monté en Tempestad dirección al norte, con una parada en Lantern para saludar a Ari.

Avha

Ya lo había limpiado, un reino con poca guardia y menos entrenamiento. Dejé las puertas abiertas para que entrara quién quisiera, pero los monstruos no, me había encargado de ello. Sólo tenía que esperar, sabía que aquel inconsciente muchacho vendría y caería directo en mi trampa. El salón del trono era tan amplio como lo era el ego del antiguo rey, que seguía vivo y no entendía el por qué nos habíamos liberado del sello que nos contenía. Otro misterio que nunca podría solucionar, no lo maté ni lo haría, es el cebo perfecto, olía a magia y sabía que el joven que venía también la practicaba, querría aprender, desearía hacerlo, y ese deseo sería su muerte.

Shaas

Estaba inconsciente y me desperté. Estaba en el norte y no entendía el por qué. Viajé al reino para encontrar a alguien para que me ayudase a ubicarme, había perdido parte de mi memoria, pero aún me acordaba de aquel joven que nos había masacrado en Gea, y le debía una venganza.

Una pausa en la taberna de la actualidad

(- ¿Por qué hablas así, Jack?)

(-Oh, nada, recuerdos...)

Capítulo 19

Capítulo XV: Una conocida no tan vieja

Jack

Habían pasado dos días en los que me había ido comiendo la cabeza, habían pasado dos ciclos de lunas y todo ese tiempo lo había dedicado a la búsqueda de un lugar seguro, iba a terminar con el tercer ciclo la noche de dentro de dos días y no había hecho nada que mereciera la pena para mi meta personal, sólo adquirí armas, pero no practiqué ni las probé. Para vosotros ese periodo sería tres meses; Me desperté pronto, Tempestad estaba feliz porque voláramos tanto, aunque él y yo notábamos la ausencia de Eli; salimos a volar otra vez a mediodía tras un pequeño descanso, y ya se podía ver como el azul del mar le ganaba espacio a la tierra. Las olas se agitaban por debajo de nosotros, brillos violetas, verdes y uno siniestramente blanco y alargado aparecieron conforme volábamos al centro y a la parte más profunda; se empezaban a ver riscos y un cielo cada vez más negro, se avecinaba tormenta en la peor isla posible, había pasado medio mes desde que habíamos estado allí, y eso implicaba que quedaba poco para la luna llena. Se distinguía un faro y un bosquecillo al fondo, el risco cada vez se hacía más grande y un pueblo se asomaba por debajo de nosotros. Ya no había motivo de secretismo y Tempestad y yo acabamos nuestra travesía en la plaza dónde cada vez más gente se apelotonaba a nuestro alrededor, los ignoramos, no eran gente real, no eran seres materiales que pudieran estorbar en ningún sentido, y nos dirigimos a la taberna de Ari.

— Amigo, espérame aquí - Me dirigí al dragón en la puerta de la posada y entré al bar. - Buenas, Ari... - Una botella de licor se estrelló a mi lado en la pared- Me imagino que eso no es una invitación para beber ambos, ¿o lo es? Por cierto, gracias por la bienvenida

— ¿Qué haces aquí? -Enarbolaba otra botella de licor, está más larga que la anterior; estaba enfadada. - ¿Acaso vienes a restregarme que tú te pudiste marchar, eh? Porque si es así la próxima botella va a tu cara. - Empezaba a afinar su puntería cerrando un ojo en mi dirección.

— No, de hecho vengo a ofrecerte huir de aquí. Aunque si no estas interesada me iré tal y como he venido, volando y con espacio para uno más. Por cierto, ¿eres así de agradable con toda la gente que ha venido aquí - Pregunté y al instante me asaltó otra duda -. ¿Y cómo conseguiste sobrevivir al hundimiento de la isla?

— Vosotros fuisteis los primeros después de mí y no estaba acostumbrada a tratar con personas vivas, ¿tan mal os traté? Si es así no lo siento, vosotros también me escondíais la forma en que llegasteis, por cierto, ¿dónde está tu amiga? Y hay un risco que nunca se sumerge, está al sureste, se convierte en mi refugio durante las noches en que todo se anega. Y sobre tu ofrecimiento, dalo por aceptado, sólo me tienes que dar un poco más de tiempo.

— Bueno, a mí me hiciste sentir como un pequeño trozo de mierda, y te tienes que preparar rápido, va a haber tormenta y no me apetece volar con rayos a mi alrededor. Y mi "amiga" está en un lugar seguro.

Cuando terminé de hablar, Ari se precipitó a sus aposentos, como me supuse que tardaría al menos unos treinta minutos me dirigí al faro para volver a hablar con la anciana. Me quité las botas cuando llegué a la playa, volví a sentir la arena húmeda apelmazarse bajo mis pies. Tardé otro poco en llegar a la caseta que había detrás del faro, estaba vacía, entré y esperé en una silla que estaba cerca de la entrada. Pasó una rato largo y la mujer entró con una bolsa en las manos, al verme de refilón se asustó, pero al verme mejor se calmó y se acercó a hablar conmigo.

— ¿Qué haces aquí? Creía que os habíais marchado ya, no deberíais quedaros, dentro de dos noches será luna llena. Esas noches son las peores, el pasado vuelve para encontrarse con nuestro presente y matar a todo lo que encuentre a su paso.

— Nos fuimos, sí. Ahora estoy aquí solo y de paso, me llevó a Ari de aquí, no me parece justo que nosotros hayamos podido huir de aquí y ella esté condenada a quedarse aquí ante la imposibilidad de poderse marchar.

— No esperaba que siendo libre como un pájaro volvieras, aunque no soy la más adecuada para hablar, pero deberíais marcharos ya, el pueblo está revolucionado porque ha visto un dragón blanco y esta noche habrá tormenta. Es una tormenta que hace naufragar los barcos.

— Sé que va a haber tormenta, pero mientras Ari prepara todo para que nos podamos marchar tú tienes que contestar algunas preguntas. ¿De qué le hablaste a Eli mientras estábamos en la isla? Y no digas que nada porque estaba rara después de abandonar este lugar maldito.

Charlamos, ella respondiéndome y yo interrogándola sobre distintas cosas, un lugar dónde abandonar esta tierra, un destino seguro... pero no conseguí ninguna respuesta en claro, sólo que había algunas embarcaciones que permitirían marcharme de allí sin ningún acompañante, pero otra posibilidad era que me fuera con mi dragón al sureste, a unas tierras que una vez fueron nuestras. Pasó mucho tiempo, tanto que Ari me vino a buscar, y aun así conversamos otro rato hasta que nos marchamos. Nos montamos en Tempestad, alzamos el vuelo y

surcamos un cielo cada vez más oscuro, nubes color ceniza y carbón. Se veía la costa del norte cuando se vio como la tormenta estallaba, los rayos caían en una danza caótica por todos lados, gotas de agua fría y diáfana, destellos cegadores de blanco y gris que caían sin patrón alguno a nuestro alrededor, chocaba con el agua y rebotaba hacia el cielo de nuevo. Más al norte estaba todo blanco, la nieve había conquistado todos los rincones. Continuamos volando, cada vez estábamos más cerca de la orilla y varios rayos nos habían pasado cerca. Se escuchó cómo el agua se rompía y salía algo de ella a gran velocidad, por instinto Tempestad aceleró, miré hacia atrás para distinguir que era lo que había saltado y vi un cuerpo enorme plateado; me acordé de la serpiente marina que había acabado con toda la isla y le agradecí a los dioses el haber podido sobrevivir, después me acordé de que habían sido ellos los que nos habían metido en eso y volví a odiarlos; tenía una amalgama de diversos sentimientos que no tenía ni tiempo ni paciencia para poner en orden. La orilla estaba debajo de nosotros, pero nos adentramos un poco más en la tierra, lo que había visto al sobrevolar el mar me había dejado la sangre helada. Ari y yo desmontamos, Tempestad se tumbó sobre la nieve. Me dispuse a indicarle el trayecto más corto y sencillo que se me ocurría, le indiqué a Ari que se dirigiera hacia el oeste y que al cruzar un río fuera hacia el sur, le di unas monedas de las pocas que me quedaban para que pudiera sobrevivir, y después empezó la discusión.

— Entiendo que quisieras sacarme de la isla, y te lo agradezco, pero ¿no piensas que podría pasarme algo malo en el trayecto que me has descrito? Sé por el polvo que venía del oeste de la isla que hay una gran masa de arena en esa dirección, es una tierra desconocida y no todos son buena gente, ¿no podrías llevarme hacia allí, por favor? - Se hizo el silencio, yo estaba serio y le daba vueltas a la posibilidad que me había sugerido Ari, ella, por su parte al ver que no reaccionaba, empezó a ofrecer más cosas, cada vez con menos fuerza y en un tono más bajo, propio de quien se está rindiendo.- Bueno, entiendo que nos separemos después de haberme sacado de allí y también te agradezco que me des lo suficiente para que pueda hacer el paso, bueno, si no vas a cambiar de opinión, será mejor que empiece a caminar hacia donde me has dicho, prefiero viajar de día.

— Es tu decisión, vas a estar bien, hay posadas en el camino, al menos eso vi cuando salimos huyendo de allí, si te preguntan cómo has ido o desde dónde, invéntate algo que sea creíble. Si dices que vienes de la isla te preguntaran el cómo has salido, y teniendo en cuenta la historia que tiene, no es muy creíble decir que te has ido en barca, y si dices que has ido en dragón sospecharán algo, como ya te he dicho tuvimos que irnos de allí y aún tengo una condena pendiente. Que la Luna ilumine tu camino Ari, y que el Lucero del Alba porte tu felicidad. - Concluí con una media sonrisa, cómplice.

— Que los Dioses estén contigo y la vida te sonría, Jack. – Trató de devolverme la sonrisa, pero le salió una mueca herida-. Intentaré llegar a la posada más cercana antes del anochecer. Me parece que nuestros destinos se separan, espero que alcances tu venganza; y antes de que me digas nada, se nota en tus ojos y en la fuerza que emanabas, aunque no se nota si no sabes algo que la mayoría no sabe o no posees magia, pero yo poseo y sé. Buen viaje, Jano. Sé que nuestros caminos se volverán a unir, aunque puede que a ti no te guste, o lo detestes.

— ¿Qué dices...? - No me dio tiempo a seguir preguntando, Ari se había desaparecido dejándome el dinero y unas preguntas que se multiplicaban por momentos. Ahora estaba solo, cada vez con más dudas y un fuego que me consumía por dentro. Miré a las montañas, me recordaban a Gea, aquello alimentó el fuego, todo aquello se acabaría muy pronto, demasiado para toda la espera que había pasado. Monté un pequeño campamento para pasar aquella tormenta y descansar la noche hasta el amanecer del siguiente día.

Avha

La fortaleza daba el pego, seguramente pasaría volando por las montañas y no se daría cuenta de la trampa que le había tendido. No se daría cuenta de los filamentos que estaban tendidos en las afueras de las murallas, de los pinchos que emergían, escondidos, del suelo. El rey estaba encerrado en sí mismo, si intentaba algo moriría y no se lo podía permitir, pues le tenía que transferir sus conocimientos al chico; sentado en el trono con una expresión estoica, llevaba una semana tomando sólo agua; me miraba con odio cuando comprobaba todos los pequeños filamentos que había tendido a lo largo de toda la sala, aquellos que lo inmovilizarían a él eran pequeños y los que pretendían matar a su criatura acompañante eran más anchos, aunque seguían siendo complicados de ver.

Esto fue lo último que conversé con el rey humano, lo último que anoté sobre él.

— Mírate, antes eras poderoso y nos tenías bajo control, y ahora, sentado en tu trono, consumiéndote a manos de una de las criaturas que jamás hubieras permitido ser libre, porque si intentaras otra cosa todos tus conocimientos se perderían. Pero hay una cosa que me escama, que me enciende la curiosidad ¿por qué fuimos libres si seguías viviendo?

— Me dices que me mire, pero tú pretendes ser un Sombra cuando cada vez eres más humano, y lo sabes y detestas, te detestas a ti mismo y piensas que sólo la muerte del muchacho te podrá traer una paz que no tuviste nunca. No sé cómo pudo suceder lo que preguntas, el control que ejercía sobre vosotros venía de los dioses, os consideraban demasiado

peligrosos siendo libres y parece que han cambiado de idea, pero yo no; sois seres oscuros, ruines y odiosos, no deberíais existir y ni mucho menos ostentar todo el poder que tenéis; no sé el motivo por el cuál tras acabar con la amenaza de las criaturas no acabaron después con vosotros. - Terminó su frase con un escupitajo que se perdió en las baldosas del suelo.

— Calma anciano, me tientes demasiado a acabar con tu miserable vida, pero te necesito, te necesito vivo de momento, porque eres MI cebo, eres el señuelo que va a traer a mi objetivo. ¿Entiendes eso? Sin mí, cuando llegué ya estarías muerto, asesinado por las criaturas igual que los inútiles de tus soldados.

La conversación terminó igual que empezó, pasando del sonido al silencio de forma abrupta, repetí una rutina que había adoptado en unos días, revisar todas las trampas y planificar unas nuevas para nuestro encuentro final.

Shaas

(Bueno, Aler, dejemos de hablar de mí y... hablemos de mí.)

La muralla exterior de la fortaleza del norte estaba abierta, percibía la magia de un semejante; la analicé y era de Avha. El cobarde y renegado había sobrevivido al final, me sonreí pensando en lo irónico de la situación. Mandé un clon de sombras al Bastión del desierto, si no regresaba en unas semanas tendrían que tomar todo el continente. Éramos poderosos y sin nadie para hacernos frente como lo hacía el joven, nada podría detenernos. Anocheceía, podría haber llegado en un momento aprovechando la oscuridad pero decidí descansar, mi instinto me decía que al día siguiente caería todo, a nuestro favor o en nuestra contra.

**

**

(— Jack, ¿eres tú, estás bien?)

(— ¿Has tomado nota?)

(— S... Sí)

(— Entonces todo está bien.)

Capítulo 20

Interludio: El final de la tormenta

Abrí los ojos como un recién nacido, con fuerza, esperando ver alguna luz, pero no, todo era negro. De repente empezaron los destellos blancos y después tomaron forma, de árboles, hojas, de personas, rostros que conocía... Estaba en mi nexo, Shaas había tomado el control en la última parte de la narración, miré detrás de mí, estaban todos los espíritus de las personas que había conocido y habían muerto por mi culpa, ya fuera por conocerlos o por intentar protegerlos: Liz, Galian, Aeron, Tempestad, Ali'Amber, Kaley, Alec, y mi rival, Avha, entre otros; mi único alivio en ese pesar era el saber que al no estar **ella** ahí conmigo significaba que aún vivía. Me senté en una de las raíces de un árbol de mi vida, el árbol que reunía mi primer sufrimiento y la primera etapa de vida, mi estancia en los Reinos, que cada vez estaba más mustio, puede que eso significase algo y por fin me permitiera olvidar; esperaba a que Shaas terminara para que pudiera entrar yo en escena. Pasaron unos cinco minutos hasta que volvió con el resto de nosotros, fue entonces que salí otra vez a mi cuerpo, al recuperar mis sentidos vi como Aler estaba asustado por algo, y le pregunté, dijo que había notado un cambio en mí, que no hablaba como lo hacía antes, sino que era frío y despiadado como una tormenta en la montaña, y que mi expresión era cruel, era una buena descripción de lo que pasaba cuando Shaas se hacía con el control, le dije que no se preocupara, que no pasaría otra vez; Aler era un humano normal y no podía entender todo lo que implicaba tener un nexo, lo que era llevar las almas que nunca podrían descansar por tu culpa contigo, el estar siempre acompañado de no siempre los mejores recuerdos, le conté una mentira, sabía que volverían a tomar el control, sino Shaas, cualquier otro, cada vez estaba más cansado de las peleas que pasaba, dentro, fuera, en ambas a la vez, todas las batallas que he llevado a cabo me estaban desgastando más de lo que ya estaba, imaginaos un hilo, después acercarle el fuego de una vela, pero no demasiado, a más de diez centímetros, tardará lo suyo en quemarse, pero se quemará tarde o temprano, se deshilará y se separarán las dos hebras de hilo con un agudo chillido o silenciosamente, así me sentía. Pero yo era la llama y el hilo

La noche amenazaba con consumir al día, avisé que la historia por aquel día se había terminado y que el final se lo contaría al día siguiente. Revisé las armas que tenía esparcidas por la mesa y las coloqué en su sitio, en el cinto o en los arneses que estaban distribuidos por todo el cuerpo; en el tórax, en la espalda, las fundas de los hombros, las de las piernas... al hacer aquello vi una arma antigua, era un cuchillo romo, puede que antes estuviera afilado pero con el paso del tiempo ese filo se había perdido,

desgastado por el uso. Era mi primer cuchillo de cazador, el que llevaba el día que salí de Gea, eran recuerdos dotados de un tono agrisado, no me gustaría vivirlos de nuevo pero era una representación fidedigna de todo lo que había vivido, me habían usado demasiado y estaba desgastado, roto, inservible. La luna saludó al sol en el horizonte cuando terminé de prepararme para la pelea de aquella noche. Todos fueron a dormir y yo aún estaba en el salón, con una daga en la mano preparado para saltar a la acción, pero no se oía ni se veía nada, y eso me extrañaba. Estaba tenso, con los sentidos aguzados mientras calmaba las tormentas internas que amenazaban con tirarme de mi supuesta tranquilidad.

— Hoy no vendrán, los dioses quieren ver como terminas de contar esa parte de tu historia, pero para mañana debes estar preparado, ya sabes que no son muy pacientes y quieren seguir haciéndote sufrir. Mantente determinado y cree en mí, pues soy la única de tus enemigos que aún busca preservarte, me mostraste que lo merecías tras salvarnos a ambos de la plaga que recorría el mundo -. Una voz femenina venía de las sombras, una voz que conocía y que había pasado bastante tiempo sin escuchar. - Sé que no eres mi paladín, y tal vez sea mejor así, de haber sido mi aliado desde el principio puede que tu historia hubiese sido mucho peor.

— Es bueno saberlo Ari, al igual que saber que estás bien tras tanto tiempo. ¿Cómo está el panteón? ¿No te habrán mandado con dulces para reconciliarnos? ¿No? Es una pena, porque ya estoy hasta las narices que me traten como un maldito muñeco

— Pero es que eso eres para los demás, un muñeco valioso y poderoso, que debe rendirse ante ellos para poder usarlo a su antojo. Su plan es que te rindas y los sirvas a ellos, pero sus planes son terribles y oscuros. - Optó por cambiar de tema al ver mi expresión sombría-. Además, diez años no es tanto, al menos para un dios.

— Ahí está el problema Ari. - Estallé ante mi divina interlocutora-. Sois dioses y no os puedo plantar cara, pero vosotros podéis hacerme la vida imposible, como os habéis aficionado a hacerlo últimamente. Ya no puedo ni dormir, no tengo fuerzas suficientes para mantenerme desde hace demasiado y si ahora estoy en pie es por fuerza de voluntad -. La última parte la dije gritando.

— Eso no es justo, intenté evitar que te hicieran algo - me miró indignada-, pero siendo sinceros no eres fácil de defender si insistes en plantarles cara, ya lo haces varias veces a diario como para recordarles que puedes matarnos.

— Gracias por intentarlo, pero no voy a volverlo a hacer, antes tenía control sobre mí, un control mínimo y ya viste lo que pasó, y ahora estoy más roto que nunca gracias a las gracietas de ciertos dioses. Sólo tengo

una esperanza y es que ella siga viva, pero sé que las posibilidades son casi imposibles.

— No te ayudé, no te guie y no te salvé en las Tierras Perdidas para que abandones tan cerca del final, tú fuiste el principio y debes ser el final...

— ¿O si no qué? Adelante Ari, mátame, líbrame de este sufrimiento continuo. Oh, espera, que no puedes hacerlo porque aún soy importante y ni si quiera sé para que lo soy. Admítelo, venga, dilo, admítelo de una vez, ambos estamos hasta el cuello de mierda y no nos podemos salvar.

— Hay momentos en los que si te matase, pero llevas razón, no puedo. Lo único que te puedo decir y ofrecer es que cuando termines con todo esto podrás volver con ella y vivir la vida que te arrebataron.

— ¿Desde cuando eres tan convincente?

— Siempre lo fui, pero tú antes eras más estoico... y un poco menos serio, lo cual es contraproducente, según lo veo yo.

— Es muy posible, nunca fui bueno en socializar. Entonces, ¿está sana y salva y podré vivir una parte de la vida que me correspondía?

— Si haces lo que te he pedido, sí. Debemos terminar con la supremacía de los dioses y para animarte, siempre puedes recordar que ya has matado a uno de nosotros. En la tierra en la que nunca sale el sol, cuando estabas perdido, ¿no te acuerdas?

— No, y tampoco es que sea muy esperanzador, he matado a uno, pero ¿de cuántos? ¿Cuántos quedan para poder descansar? Ari, ya no veo la magia ni siento nada que me impulse como a mi padre, vuestro constante zumbido me ha impedido ver las cosas como antes - Ari hizo una mueca extraña que decidí pasar por alto, de no ser por que retrocedió-. Ari, ¿has tenido algo que ver? ¿Es por eso por lo que ya no puedo ver cómo antes? ¡¿Qué me has hecho ahora!?

— Me obligaron, ya sabes que la magia responde ante mí, pero ellos me obligaron a ponerte un sello para que no pudieras matarlos. No puedo hacer más que levantarte un poco la restricción. De todas formas, no somos muchos, por lo menos los realmente poderosos, los que te persiguen; y ellos están más cansados que tú; te voy a dejar para que por fin puedas dormir tranquilo por una noche.

— Si crees que voy a poder dormir es que aún no me conoces, sabes que siempre pienso mucho en las cosas. - Cuando terminé la frase, me puso un dedo en la nariz y caí rendido.

Fue una noche en la que no soñé con nada, una noche blanca y tranquila por una vez en mucho tiempo. Me despertaron a la mañana siguiente al verme tendido en el suelo, con una daga en la mano y con semblante tranquilo, pensaban que estaba muerto, y en cierto sentido lo estaba, pero aún no me había dado cuenta y no me lo habían dicho.

— ¿Jack, estás bien? – Aler era el que estaba más cerca y me miraba preocupado, últimamente lo estaba preocupando en exceso, y aún le quedaba bastante para cuando terminara la historia.

— Eso creo, pero ya no estoy seguro de nada. Dejadme comer algo y empiezo a contar la última parte de ese apartado de mi vida. La venganza que no se terminó y más persecuciones que me sacaron de la tierra que me vio crecer y a la que no volvería en mucho tiempo, no hasta que no culminara mi venganza.

— No sabes las ganas que tengo de escuchar todo, pero antes haz lo que tengas que hacer porque tienes pintas de muerto.

— Dame un desayuno normal y una cerveza, por favor. - Le pedí al tabernero que me miró sorprendido, era la primera vez que tomaba alcohol en su taberna. - Y lo raro es que lo parezca ahora y que no lo haya parecido desde hace tiempo, eso o tú eres muy poco observador.

Capítulo 21

Capítulo XVI: Bautismo de fuego

Shaas

Amaneció un día rojo, el cielo se mantenía en la indiferencia del gris, intercalado con destellos teñidos de plateado que el cielo se apresuraba a ocultar, mis espadas se movían inquietas en mi espalda a cada paso que daba. Mis dagas se removían en el arnés, y mi cuerpo se tensaba y destensaba igual que las cuerdas de un barco. Pasé la entrada de la muralla de una ciudad ahora desierta, el destino estaba escrito, debíamos ganar.

Desenvainé las espadas e hice un glifo en el suelo, el clon de sombra de la noche anterior y el resto de los clones aparecieron ante mí, por fin estaba completo y poseía todo mi poder. Vi filamentos delgados, semitransparentes, conforme avanzaba en la fortaleza, Avha había tenido muchas trampas de diferentes tamaños; para el jinete y para la montura. Avancé, y terminé entrando en la sala del trono, sentado en el centro de la sala, estaba el antiguo monarca, ahora retraído en sí mismo, indefenso, pero vivo. VIVO, estaba vivo, aquello no podía ser, estando él vivo, nosotros no podríamos ser libres jamás... Algo había pasado, y no lo entendía, pero era algo que no debía haber pasado, algo que era imposible.

— ¡Avha! -Grité en el silencio para hacerme oír-. ¿iDónde estás?! ¡No me obligues a utilizar el sello de mandato!

— No hace falta que grites, estoy fuera terminando de poner trampas Shaas, sal con cuidado, no vaya a ser que te quedes enganchado en alguna. - La voz llegaba desde fuera con cierto matiz burlón.

Salí de la misma forma que en la que entré, despacio y en un silencio característico de los de nuestra índole. Me lo encontré cerca de los antiguos barracones, poniendo filamentos y excavando hoyos pequeños. Ponía algunos objetos que sacaba de su capa en los huecos que dejaba al excavar, eran puntiagudos y brillantes a pesar de su aspecto oscuro, los estuve mirando un momento y me vino a la cabeza lo que eran aquellos objetos; era corrupción. Me sorprendió que Avha hubiera podido manipular su materia de esa forma, antes de aquello solo éramos dos los Comandantes que podíamos hacerlo: Arkho y yo. Avha estaba aumentando su poder hasta tal punto que su aura podía compararse de forma mínima con la mía, era una amenaza para el orden jerárquico, si el joven no lo mataba, tendría que hacerlo yo. Cada vez tenía más cosas

pendientes. Aunque esa lista no me desagradaba, de hecho me animaba a cambiar el destino para poder divertirme.

Pasaron las horas, el cielo se aclaraba cada vez más, la tarde se avecinaba. Olimos la esencia de un dragón y un humano. Era la hora del espectáculo final.

Jack

Amaneció un día nublado, con nubes de nieve, tan familiares y comunes como las que vivían en mis recuerdos, tan similares que me hacían daño. Sabía que aquel día sería el último en aquella tierra, o moría luchando ante el que se pusiera en mi camino, o conseguiría marcharme de allí. Recogí mis armas y objetos que estaban dispersados por el campamento de la noche anterior mientras Tempestad estiraba las alas y calentaba para el viaje que nos esperaba; me monté y volé hacia el reino perdido.

Pasamos casi toda la mañana atravesando las montañas que nos separaban del reino del norte, quería hablar con el rey Aeron y ver si me podía ayudar en mis objetivos.

Pasaron las horas, me quedaba sin flechas mientras abatía a extrañas criaturas voladoras que nos rodeaban y amenazaban con tirarme de la silla de montar, caían en picado desde las cumbres y trataban de atacarme con sus picos y garras, su piel era marronácea, agrietada, con alas rugosas y pequeñas; por su aspecto, al principio no las disparé, sino que me limité a esquivarlas, pero podían remontar el vuelo y repetían el proceso, una y otra y otra y otra vez, al final la última opción viable era derribarlos, aunque me quedara sin flechas, por fortuna, algunas pasaban cerca y alcanzaba a apuñalarlas con mi puñal o con el cuchillo de cazador.

Conseguimos atravesar las montañas y lo que me esperaba era una villa arrasada y desierta, diferentes criaturas caminaban por doquier, todas las villas que estaban en las faldas de las montañas estaban igual. Supuse que la guardia no habría sido capaz de detener a aquellas criaturas; con alas de murciélago, cabeza de halcón y cuerpo de tigre, eran grandes y corpulentos y constituían una gran amenaza para nosotros, Tempestad que nunca había recibido entrenamiento para luchar y yo que nunca había luchado con algo de tales dimensiones, así que opté por evitar hacer ruido y por mantenerme fuera de su rango de visión.

Llegamos a una ciudad amurallada, con numerosas casas hechas de adoquines y con techos de madera, en el fondo de esta, había un castillo/fortaleza con almenas y barracones, supuse que era la casa del gobernador. Nos acercamos volando, había pasado casi todo el día pasando de un lugar a otro y enfrentándome con criaturas extrañas, que

no había visto nunca, no me quedaban flechas, sólo punzones y mis dagas, se hacía de noche y mi rango de visión era mínimo. Decidí no acampar, pero tomé una antorcha de una de las paredes de la muralla y la encendí frotando mi cuchillo con un trozo de pedernal que encontré cerca. Cuando la encendí, avancé lentamente, con Tempestad a mis espaldas, preparado para atacar si algo se salía de los planes.

De esa forma, llegué a la muralla interior de la ciudad y entré en el círculo del castillo. Había hilos, finos y brillantes ante la luz de la antorcha, parecían trampas... Dejé a Tempestad en la entrada, hicieran lo que hicieran las trampas, no me apetecía sufrir las consecuencias de activar ninguna de ellas. Tuve que serpentear por el suelo y saltar ciertos tramos sólo para evitar tropezar o pisar alguna de ellas, había agujeros de tierra recién movida como al arar, que sólo suscitaban a esquivar ese tramo, así, moviéndome de forma inconstante y extraña, conseguí llegar al interior del palacio.

Allí me esperaba el monarca: Aeron. Pero algo iba mal, estaba quieto, no hablaba, no movía la cabeza; alcé la antorcha y la luz moribunda que arrojaba al interior descubrió más trampas similares a las que había en el exterior; y una enorme red de esos mismos filamentos rodeaba al completo a Aeron.

Instinto. Sólo fue aquello lo que me ahorró la muerte, no avancé más; un hilo estaba pegado al suelo y cuando cayó una gota de brea de la antorcha una serie de pinchos emergió del suelo, no eran altos, pero eran afilados y rezumaban una sustancia que no me interesaba conocer al menos no en mí.

— Aquí estás. Ya pensaba que no llegarías -. Una voz surgió de la oscuridad de mi derecha. Se fue acercando a mí y se pudo distinguir una figura. - Amigo, ¿acaso no saludas a un viejo conocido?

— Alec... No... No puedes ser tú, ¿cómo sobreviviste a la caída de Gea? ¿Y cómo has llegado hasta aquí?

— Me alegra que me preguntes, y tengo una mejor pregunta, ¿quién disparó la flecha que derribó al leopardo que te atacó? Imagino que ya tienes la respuesta, y en cuanto como he llegado... Dejémoslo para más tarde, no creo que pueda aguantar más -. Añadió el final hablando para sí mismo-. Dame un abrazo te he echado de menos.

No confiaba en él, no me parecía real, pero su expresión, sus ojos, dioses, esos ojos, su forma de hablar, su forma de moverse... Todo ello parecía indicar que era él. Mi instinto se alarmaba y me avisaba, en aquel momento deseé que me equivocara pero siempre ha llevado razón. Me desgarré el alma yo sólo y me alejé cuanto pude, me dolió, en el recurso,

en el corazón y en mi espíritu hecho jirones.

— Hermano, me alegra haber podido hablar contigo antes de que todo terminara. Y gracias por alejarte, no me hubiera gustado que en mis últimos momentos de conciencia me hubieran obligado a apuñalarte, te esperaré en La Luna Oscura, ya sabes que siempre hay mucho jaleo allí, date prisa en venir, me pregunto cómo andará Eli con su nuevo trabajo de camarera -. Terminó de hablar y todo su cuerpo se convulsionó, se transformó en una figura negra; una figura que reconocía. - Me sorprende que te resistieras, al igual que él haya podido librarse de mí aunque fuera por unos instantes. Vamos, no me mires así, te da igual de todas formas, has enterrado a tanta gente que ya tienes que estar acostumbrado a ello. Y sí, lo consumí después de que te salvara, intentó salir de Gea cuando yo escapaba de allí, coincidimos y bueno, necesitaba recuperar fuerzas. -Su voz había cambiado, ya no era la voz cálida y amable de Alec, ahora era una voz fría, chirriante y metálica, carente de emociones.

— Tú. Estás. Muerto. - La voz se me quebraba, las lágrimas emergían de mis ojos sin control, mi hilo interior se quebraba, pero se mantenía firme. Mi ser temblaba, mi espíritu se rompía, y mi mente huyó de aquella realidad. - Vas. A. Aprender. A. No. Jugar. Con. Mis. Sentimientos. -Una pequeña pausa en la que intenté recuperar el control pero no pude. - Muere.

No me hizo falta moverme, saqué los punzones de los bolsillos de mi capa y los lancé a bocajarro, sin esperar acertar ningún proyectil, tensé mi arco como había hecho miles de veces, pero ahora no cazaba conejos o depredadores, cazaba a algo mucho peor de lo que nunca pude imaginar. Tensaba, disparaba y fallaba, y repetía ese ciclo, no me importaba fallar, tomaba otra flecha, aparecida de mi voluntad, y lo cargaba. Él no se paraba de mover, aparecía y desaparecía en cualquier lugar antes de que lo golpearan mis proyectiles. Llegó un momento en el que no me quedaban proyectiles, aproveché el instante en el que me colgaba el arco al hombro para aparecer detrás de mí, y aunque fui más rápido sacando el cuchillo de caza, debía tener cuidado. Ahora era una pelea de desgaste, aparecía cerca de mí y yo me defendía y le atacaba como podía con mis cuchillos, ahora que había desenvainado mi cuchillo de garra.

— ¿Sabes? Me divierte mucho jugar contigo de esta forma. Eres como un cachorro de gato, creyéndote taaaaan fiero, taaaaan poderoso, pero en realidad sólo eres un muchacho débil, solitario y con nadie vivo que lo extrañe. Pero es curioso, este no era mi plan al principio, de hecho, mi misión era protegerte aunque intentaras matarme, y era una misión que me había encomendado mi Dios creador, pero el tuyo me ofreció un trato mucho más interesante, todo el poder que poseen los Comandantes por matarte, con pago adelantado y todo, y ahora te pregunto ¿no habrías hecho lo mismo? - Relató mientras aparecía detrás de mí. Intentó apuñalarme mientras me giraba pero conseguí esquivarlo deslizándome

por las baldosas del suelo.

— Eres vomitivo, rechazas a tu creador por otro. Y buena suerte intentando matarme, podría seguir así todo el día. - Dije intentando apuñalarle, aunque sin éxito. - ¡¿Porque no te mueres de una condenada vez, diantre!?

— Cierto, y que bueno que tengas dos dagas, porque te vas a tener que encargar de dos de nosotros, ¿cierto Shaas?

— Hola muchacho, estoy seguro de que no sabes quién soy, pero ten claro que yo sí lo sé. Pero no es cuestión de hablar, vamos Avha, es hora de acabar con megalómano. Porque estás aquí para adquirir conocimiento y ser más poderoso, ¿o me equivoco? Incluso si no lo quisieras, posees un poder demasiado grande para el bien del orden. Igual que las criaturas. Eres una amenaza, y vas a ser eliminado para poder restaurar el orden que nunca debiste poner en riesgo.

— Buena amenaza, pero ahora es mi turno. Dices que mi poder es muy grande, ¿por qué no vienes a comprobarlo? - Pregunté y mi locura y furia de impusieron frente a mi control.

Shaas

— Buena amenaza, pero ahora es mi turno. Dices que mi poder es muy grande, ¿por qué no vienes a comprobarlo? - Nos echó la pulla al mismo tiempo que en su mano se materializaba una espada negra, con un filo pulido y brillante, con un glifo en la empuñadura. Su cara había cambiado, ya no era tan redonda como la primera vez que lo había visto, ahora era más adulta, afilada y dura; en su cambió se le había aparecido un glifo que le recorría desde la ceja derecha hasta su barbilla, era de color ocre rojizo y muy brillante. Nos apuntó con su espada. - Venid.

Avha se abalanzó sobre él antes de comprender que era una trampa, en su mano derecha apareció un arco de cuerno y enfundó su espada en apenas unos segundos y tensó el arco con una flecha brillante, blanca; de plata. No alcanzó a disparar a tiempo, pero Avha se clavó la punta en el pecho, a pesar de llevar peto. Antes de caer al suelo mi compañero se apareció a mi lado, mientras que el humano nos apuntó con la flecha, durante un tiempo que no nos movimos, y se mantuvo tensándola un rato, hasta tal punto que parecía que la cuerda se fuera a romper, pero no lo hizo, y disparó pero no nos movimos porque algo no nos permitía movernos, y la flecha silbó en el aire mientras lo perforaba en nuestra dirección, para terminar llegando a nosotros. No la vi venir y Avha tampoco, era demasiado rápida. Alcanzó a Avha y le atravesó, al traspasar su cuerpo terminó clavándose en mi muslo izquierdo.

— Tú... Me has atravesado... - Me miró. - Mi historia termina aquí... O no...- Con esa posibilidad en el aire, se apareció detrás del humano y lo empezó a consumir, su última oportunidad; absorber al humano y recuperarse, un intento desesperado e inútil, si había sido capaz de herir de muerte a uno y herir levemente a otro, era imposible que con su poca fuerza vital consiguiera someterlo.- Ya... eres mío... - Sorprendentemente, había conseguido consumirlo, y su herida se cerraba por momentos, estaría débil y podría matarlo sin tener que preocuparme por ninguna intromisión. Entonces, pasó. El cuerpo de Avha ya no era su cuerpo, volvía a ser el del humano, parado en el mismo lugar donde hacía apenas unos segundos estaba Avha.

— O a lo mejor, tú eres mío -. Parecía que se dijo a sí mismo, unas palabras con paladas de suficiencia y felicidad que solo una venganza cumplida puede aportar. - Shaas, libérame, por favor. - La voz salía del humano, pero era la de mi camarada, volvió la mirada gélida y ardiente del humano. - Que lo intente, quiero ver si lo puedo consumir, sería increíble poder tener su poder también. Ven, no tengas miedo. - La voz del humano volvía a emerger, estaba llena de odio y furia crispada. - Vamos, vamos, ¿acaso ahora te has acobardado como no lo hiciste en Gea? ¡¿Acaso ahora vas a pedir piedad!?! - Gritó - No, ahora no te lo voy a permitir, todo lo contrario, te voy a enseñar lo que es sufrir, aunque tú no vas a tener que soportarlo todo, en ese punto seré compasivo, aunque tu no lo hayas sido en un principio. - Su voz carecía de emociones, sólo me informaba de lo que iba a hacer y que yo no podría evitarlo de ninguna manera. - ¿Listo? ¿Preparado? - Y se lanzó a por mí a toda velocidad.

El pánico me ascendió por la espalda. El instinto de supervivencia me impulsaba, deseé desaparecer de allí e ir a cualquier otro lugar, un lugar seguro. Y mi deseo se hizo realidad.

Jack

Habían intentado consumirme y al final había consumido a Avha. Ironías de la vida. El otro sombra al que Avha había llamado Shaas había desaparecido antes de que le pudiera rozar si quiera, pero me preocuparía por él más tarde, tenía prioridades. En el último despliegue de mi poder, destruí todas las trampas que habían entramado por toda la ciudad. Me acerqué, sin apenas fuerzas, hacia donde descansaba, ahora libre, el monarca.

— Aeron, majestad, ¿está usted bien?

— No lo creo, pero no pienso que se pueda decir lo mismo de ti. Acércate y extiende tu mano, muchacho. - Y así lo hice, él puso sus dos manos

encerrando las mías y sentí una corriente de poder ascendiéndome por el brazo, mi visión se aclaró y en mi mente había adquirido conocimiento, pero no sabía que era lo que me había aprendido.

— Cuando aprendas a ver, podrás utilizar tu poder, pero me temo que no puedo enseñarte así como lo hicieron conmigo, entre otras cosas porque mi momento ya ha llegado. Aunque puedo brindarte una última ayuda. - Se levantó y empujó un bloque de piedra de la pared, entonces el bloque se dio la vuelta y mostró una bolsa llena de algo y un mapa como ningún otro, pues este mostraba diferentes continentes, rodeados por ingentes cantidades de agua, mi oportunidad de empezar de cero. - Esa es tu oportunidad de ser libre de nuevo, aunque no estés en paz por la huida de Shaas. Ahora te tienes que decidir entre dos opciones, ahora entiendo tu nombre verdadero, aquel que bien te dijo Ari si no me equivoco. Antes de que preguntes, Jano, sí, he hablado con Ari, y en más de una ocasión. Corre a por tu libertad o quédate y recupera tu vida, sabes que hay gente que te espera, y no todas te esperan por buenas razones.

— Pero tengo muchas preguntas que hacerle...

— Y son preguntas que me encantaría contestarte, pero no creo aguantar mucho tiempo más. Avha se nutría de mi fuerza y ya no me queda suficiente para sobrevivir. Nos veremos en otra vida, Jano. - Al terminar su frase, se desvaneció. Dejándome solo, con preguntas y la decisión que cambiaría mi vida.

Capítulo 22

Interludio: La decisión

— Jack, ¿estás bien?

— Si Aler, ¿por qué preguntas?

— Es sólo que te escuchaba narrar y había tantos cambios de tono, de voz... hasta has cambiado de personalidad en ciertos pasajes. Era terrorífico ver cómo te transformabas en una personalidad distinta.

— Digamos que todo yo vivo mi historia. Ahora si me disculpas necesito descansar hasta la noche, mañana seguimos, así que prepárate.

— De acuerdo, hasta luego. – Su mirada me perseguía, predatoria, por todo mi trayecto hasta la escalera.

Subí hacia la habitación que había alquilado y que sólo había utilizado para dejar las armas hasta ese momento, una vez allí me senté en la cama y empecé a pensar, cuando me sumergí en el nexo, uno de los tres árboles principales se había marchitado y no había encontrado al alma de Avha por allí, algo me decía que aquella parte de mi vida se había perdido, aún me acordaba de mi historia, pero las emociones que me causaban empezaban a calmarse convirtiéndose a mera melancolía, tristeza por todo lo que pasé y una ira vaga.

Había narrado en dos días una historia que había tomado algo más de tres meses de mi vida y me quedaban más aventuras por narrar. No quedaba mucho de apenas nueve años y medio, pero tampoco quedaba poco; era importante y vital para mí, era una promesa que ardía en mi interior y que tenía que cumplir, era el destino que tendría que cumplir después de narrar toda mi historia.

Ari me había prometido la vida que los dioses me arrebataron, todo lo que pude haber vivido con ella pero que nunca pudo ser... Era demasiado bueno para ser real, pero también era lo único que me mantenía cuerdo por el momento, de no haberme aparecido la diosa de la magia, después de contarle a Aler toda mi historia me hubiera ido a dejar que alguna noche me matasen, o quién sabe, quizá hasta le hubiera dado mi cuerpo a Shaas para poder quedarme como un simple recuerdo, una sombra del pasado, un destello de lo que fui. Pero todo había cambiado, volvía a tener una meta. Volvería a la tierra donde lo perdí todo, después viajaría a la tierra donde maté a un dios para poder encontrarla de nuevo. Y si el tiempo y la vida me favorecían, tal vez me atrevería a viajar más allá de

las ruinas de las Tierras Perdidas, pues la primera vez que estuve allí me pareció sentir una gran fuerza. Pero eran planes de futuro, y el mío estaba tan negro como la noche que escalaba de forma pausada; me habían advertido que aquella noche volverían los asaltos diarios, así que no podría volver a dormir en un largo tiempo. La Luna terminó de ascender hasta dejarse ver completa: era mi turno de salir de caza de nuevo.

Y sí, decidí huir de mi tierra natal.

Capítulo 23

Epílogo: Recuerdos y Sombras

Mientras Shaas cazaba aquella noche yo estaba abstraído en mi nexa; luces blancas con forma de hoja caían con una dulce y suave melodía, silenciosa y familiar. Otros destellos blancos recorrían un suelo completamente negro, lo recorrían como venas, con ramificaciones plateadas y palpitantes que se perdían más allá de mi vista.

Estaba sentado en el suelo mientras pensaba en las palabras de Ari, en quién aún me esperaba, en la vida que recuperaría... en tantas cosas que no me di cuenta de la ausencia. Una ausencia sangrante como una herida. Una ausencia que me tranquilizaba y dolía al mismo tiempo. Mientras pensaba me di cuenta de un silencio que me rompió, no oía nada, ningún suspiro resignado, ningún grito aislado, ninguna palabra de rabia, nada. Normalmente mis espíritus no me permitían descansar, siempre me torturaban con todo lo que pasó, pero faltaban muchos, personas antiguas.

Me fijé de nuevo en las venas que emergían del suelo, y miré hasta su fuente, un árbol estaba marchito, vacío; volviéndose tan negro como el ambiente en que estaba, ya no reflejaba lo que me había pasado en esa etapa de mi vida, ya no reflejaba qué había vivido y cuanto había sufrido, estaba apagado; y mientras un árbol moría, otro empezaba a crecer, con diminutas hojas cegadoras y un tallo tan delgado como un palillo. Nuevas esperanzas, nuevos objetivos y sueños. Todo ello estúpido e irracional, pero era lo que necesitaba ahora, no podía seguir en la línea que me guiaba por mucho más tiempo. Otros dos árboles me miraban impassibles, robustos y serios mientras reflejaban partes de mis aventuras: un volcán con nubes multicolor dando vueltas, un río tan ancho que se podría sospechar que es un mar en miniatura, un bosque de abetos y abedules donde nunca sale el sol... tantas aventuras en tan poca vida.

Apenas quedaban almas conmigo, desde el punto de vista alegre parece que solo afecté a las personas que dejé atrás al marcharme de los reinos, pero sé que no es así. Hay tantas cosas que lamento, y otras tantas que repetiría. Tempestad, ... , todos ellos me acompañaban, pero no me recriminaban, no me torturaban, sólo intentaban consolarme por algo que no llegó a pasar. Sin darme cuenta estaba de pie, con las manos extendidas, y de repente, una hoja silenciosa, tranquila, blanca, me enseñó un río, un río de luciérnagas y juncos; un río de luna y mar; un río de esperanzas y sueños. El río donde la conocí.

**

**

— ¿Sigues deprimiéndote o sales a dar la cara otra vez? Venga Jack, ya te queda poco para terminar, piensa en la promesa de Ari, sólo tienes que contar unos días más.

— ¿Shaas? ¿Desde cuando eres amable conmigo?

— No me malinterpretes, aún te odio por matarme y por lo que nos hiciste, pero entiendo el por qué y sobre todo espero librarme de este estado de una vez. ¡Estoy muerto! Debería ir al Más Allá, no estar aquí atado a ti.

— Muchas gracias por tus palabras, ya me han dado ganas de volver. Pero dime ¿dónde se han ido los otros?

— Ellos ya pasaron Jack, ya están en La Otra Vida, sólo quedamos nosotros, y cuando termines y tus árboles mueran, nosotros nos iremos también.

— Nos odiamos el uno al otro, desde hace demasiado. Pero cada uno conoce los motivos del otro y demás, así que no tengo remordimientos en decirte esto: Has sido de los mejores camaradas que nunca haya podido soñar.

— Gracias, supongo. Ya sabes que yo no estoy diseñado para esto, así que supongo que es lo mismo para ti.

— Bueno, esto es todo. ¿Dónde has dejado mi cuerpo esta vez?

— Durmiendo en la cama de la habitación que se supone que ibas a usar de una vez. Anoche terminé pronto, has podido dormir unas tres horas.

— Vaya, eso es nuevo. Imagino que tendré los brazos y las piernas destrozados de cansancio, ¿no?

— Tampoco te creas, tu cuerpo ya es demasiado duro para mí, muy rígido.

— Eso me alivia en cierta parte. Pero he de volver ya, Aler me espera para que siga y yo tengo que matar a estos dos parásitos que tengo aquí. Nos vemos esta noche.

— Hasta esta noche.

Me desperté estando tumbado, tranquilo, sin ningún estremecimiento ni calambre en ningún punto de mi cuerpo. Empezaba a amanecer, por fin había llegado un momento en que tenía algo de paz interior. Encordé el arco, guardé todos mis cuchillos tras limpiarlos y me preparé y coloqué los arneses y fundas para que no me molestaran con la capa. Ya era hora de bajar. Esperaba que Aler no se enfade esta vez.